

MODELOS Y TRANSFORMACIONES EN LA PROTOHISTORIA DE LA SERRANÍA DE RONDA: PRODUCCIÓN, ÉLITES Y COLAPSO

EDUARDO GARCÍA ALFONSO

(Junta de Andalucía. Delegación Territorial de Cultura, Málaga)

RESUMEN: La formación del mundo ibérico en el sur peninsular se ha venido entendiendo tradicionalmente como una larga evolución de las comunidades indígenas que entran en contacto con la sociedad fenicia desde la segunda mitad del siglo IX a.C. Sin embargo, no faltan indicios que permiten inferir un verdadero colapso del mundo autóctono meridional desde momentos finales del siglo VII, que se materializó lo largo del siglo VI a.C. –Hierro Antiguo III– y que pudo ser la causa de este cambio. Pese a la gran falta de información que poseemos en muchos aspectos, la Serranía de Ronda ofrece un panorama muy clarificador para este proceso de ruptura, que parece que fue especialmente intenso en su depresión central, pero cuyos ecos tampoco faltaron en toda su periferia montañosa.

PALABRAS CLAVE: fenicios, élites indígenas, Serranía de Ronda, Hierro Antiguo, colapso.

SUMMARY: The formation of the Iberian world in southern Spain has been traditionally interpreted as a long evolution of indigenous communities which used to be in contact with the Phoenician society from the second half of the 9th century BC. But there are some signs that allow us to infer a true collapse of the southern indigenous world from the end of 7th century BC and during the 6th century BC –Early Iron Age III– that could be the cause of this change. Despite the severe lack of information that we suffer from in many aspects, the Ronda region offers a very enlightening overview of this break up process. It seems to have been especially intense in Ronda’s central depression, although it echoed all over neighbouring mountains. In this paper we interpret the available archaeological records in light of the general theory of systems.

KEY WORDS: Phoenicians, indigenous elites, Ronda region, Early Iron Age, collapse.

1. EL MARCO TERRITORIAL, HISTÓRICO E INTERPRETATIVO

La Serranía de Ronda puede considerarse una auténtica subregión natural en el conjunto del sur de la Península Ibérica. Con unos límites en ocasiones difíciles de establecer, integra un conjunto de diferentes macizos montañosos, cuencas interiores, altiplanicies y valles fluviales que se dispersan hacia su periferia, configurando un territorio enormemente variado. De este modo, fisiográficamente se considera que el espacio de la Serranía incluye también el macizo gaditano de Grazalema, con el que no existe ruptura más allá de una frontera administrativa. Igualmente ocurre con la cubeta de Setenil y con los relieves que cierran ésta por el norte, donde las actuales provincias de Málaga, Cádiz y Sevilla entrelazan sus lindes. En este territorio complejo, la Depresión de Ronda aparece como el eje central en torno al que gravita toda la Serranía. Dividida en dos zonas claramente diferenciadas por la sierra de las Salinas, la septentrional drena hacia el Atlántico a través del río Trejo –aguas abajo llamado Guadalporcún–, mientras que la meridional lo hace hacia el Mediterráneo mediante el Guadiaro. Su menor altitud media respecto a las sierras circundantes, sus suelos fértiles y su topografía favorable convierte a la depresión en un área propicia para el establecimiento humano, cuya singularidad se ve potenciada al estar rodeada de zonas montañosas mucho más hostiles, las cuales solo permiten una serie de actividades de subsistencia y el sostenimiento de una población escasa. Pero, al mismo tiempo, esta presencia cercana de los espacios de montaña permite acceder a diferentes nichos ecológicos y fuentes de aprovisionamiento de materias primas que garantizan un cierto autoabastecimiento en un sistema de economía preindustrial.

Pese a las posibilidades de aislamiento que presenta, su división por la hidrografía entre las vertientes atlántica y mediterránea ha convertido a la Depresión de Ronda en el nodo esencial de las rutas terrestres en el ámbito más occidental de las Cordilleras Béticas. La apertura hacia el norte y noroeste discurre a través de los valles del Guadalete y su afluente el Trejo-Guadalporcún, que permiten acceder a la bahía de Cádiz, caminos que, a su vez, proporcionan buenas conexiones con la cuenca baja del Guadalquivir y el ámbito marismeno. Mientras, el acceso al interior de la campiña del gran río andaluz es facilitado por el Corbones, que se uniría a su colector pasada la lejana Carmona. Por el contrario, por su flanco sur,

la Depresión de Ronda encuentra su límite más formidable, formado por el macizo de la Sierra de las Nieves y la alineación continua de las sierras del Oreganal, Jarastepar y Líbar en un primer frente, mientras que más próximas a la costa encontramos las sierras Bermeja y Palmitera, con un espectacular descenso hasta el nivel del mar. Esta línea de cumbres, todas ellas muy por encima de los 1000 m y difícil topografía, dificulta enormemente las comunicaciones con la costa mediterránea. Solo el Guadiaro ha logrado atravesar esta intrincada barrera excavando un estrecho valle, pero que resulta poco practicable para las comunicaciones tradicionales, que deben discurrir por las laderas serranas y los escasos collados existentes por senderos muy tortuosos. Las rutas históricas siguen la línea de lomas que conectan con el Campo de Gibraltar a través de los bosques de Los Alcornocales. Este mismo aislamiento se produce en relación con la bahía de Málaga, ya que la ruta más fácil para acceder al bajo Guadalhorce se ve obligada a dar un largo rodeo por el valle del Guadalteba, afluente del primero. No obstante, existen algunas rutas más directas hacia Málaga, pero que tienen que atravesar diferentes puertos de elevada altitud y poca accesibilidad, que conectan con las cabeceras de los ríos Turón y Grande, ambos también tributarios del Guadalhorce. Por todo ello, la Depresión de Ronda canaliza sus relaciones con el litoral mucho más hacia la desembocadura del Guadiaro y la bahía de Algeciras que hacia la costa propiamente malagueña (Fig. 1).

Desde finales de la década de los 80 del pasado siglo XX, la Depresión de Ronda se convirtió en uno de los ámbitos territoriales de mayor interés en el estudio de la Protohistoria del sur de la Península Ibérica. El motivo fue la puesta en marcha del Proyecto General de Investigación *La Prehistoria Reciente en la Depresión Natural de Ronda* –en adelante Proyecto Ronda– dirigido por P. Aguayo de Hoyos al frente de un amplio equipo de la Universidad de Granada, al que se incorporó M. Carrilero Millán, entonces profesor del Colegio Universitario de Almería. Dicho proyecto fundamentó sus parámetros teóricos explícitamente en el materialismo histórico, con el objetivo de estudiar las comunidades humanas que habían habitado este territorio desde el Neolítico hasta el mundo ibérico. Sin embargo, la dedicación de buena parte de los esfuerzos a la Protohistoria tuvo como resultado una mayor amplitud de las investigaciones en esta etapa, que fue abordada mediante prospecciones, excavaciones en extensión y trabajos de arqueología urbana, con un importante aporte de técnicas de laboratorio en diversos campos: antracología, palinología, arqueofauna, análisis de pastas cerámicas, entre otros. Acinipo y el casco histórico de Ronda fueron los escenarios donde se desarrollaron inicialmente las actividades arqueológicas, ampliándose después a otros lugares como la Silla del Moro. Aunque el *Proyecto Ronda* no ha

tenido una finalización oficial,¹ muchos de sus resultados se han ido publicando de manera parcial en lo que llevamos de siglo XXI, aunque todavía carecemos de una memoria completa del mismo.

Pese al volumen de datos que ha ido aportado el *Proyecto Ronda*, todavía estamos muy lejos de tener un conocimiento arqueográfico detallado de un territorio amplísimo, respecto al cual se ha presentado ya alguna propuesta de síntesis (Martín Ruiz, 2011). En cualquier caso, carecemos de secuencias continuas para todo el periodo protohistórico que nos permitan avanzar a nivel de detalle en aspectos que vayan más allá de la cronología general, la evolución de ciertos elementos artefactuales, los patrones constructivos básicos y la distribución amplia de la población. Prácticamente no disponemos apenas de información sobre un aspecto fundamental como son las necrópolis, lo cual no nos permite trazar una estructura social a partir del mundo funerario. Es una situación que se da igualmente en diversas zonas de la actual provincia de Málaga, en las que todavía disponemos de menos información pese a los diferentes intentos de sistematización (Recio, 1990, 1996, 2002; García Alfonso, 2002; 2007).

En contraposición al *Proyecto Ronda*, aun tomando prestados sus datos arqueográficos, nuestras aportaciones en estos años atrás se ha insertado en un marco teórico distinto: la *teoría general de sistemas*. A este respecto, y aunque ya lo he expuesto en detalle en ocasiones (García Alfonso, 2000: 833-836; 2007: 382-384), considero necesario resaltar mi rechazo a los aspectos más mecanicistas que a veces tienen las propuestas que parten de dicha base, mientras que damos entrada a postulados derivados de las dinámicas caóticas. Ello nos ha conducido a la elaboración de un modelo adaptado a cada territorio particular y a su registro arqueológico disponible, lo que nos permite huir tanto del determinismo ambiental del funcionalismo como de las propuestas excesivamente holísticas propias del materialismo histórico. Lamentablemente la falta de datos resulta muchas veces frustrante para trabajar hipótesis a nivel de detalle. Igualmente hemos rechazado tanto el idealismo historicista como las posiciones posmodernas radicales de imprevisibilidad absoluta, aunque ello no nos ha librado de críticas (Carrilero y Aguayo, 1996: 53-54), que asumimos en fructífero debate con el resto de la comunidad científica y siendo conscientes de nuestra posición profesional en los márgenes de la arqueología académica. Igualmente, no está de mal señalar que el debate sobre las comunidades autóctonas del sur peninsular lo insertamos en una *perspectiva poscolonial*, en línea con lo planteado por A. Delgado (2008a: 377-378; 2008b), donde las comunidades autóctonas también son protagonistas de su propio destino. En lo que llevamos

¹ En 2007 tuvo lugar el prematuro fallecimiento de Manuel Carrilero Millán. Desde aquí nuestro modesto homenaje y reconocimiento a la trayectoria de este investigador.

de siglo XXI ha cogido empuje una corriente interpretativa que propugna un casi exclusivo protagonismo fenicio en el desarrollo del sur peninsular durante el Hierro Antiguo, especialmente en lo que respecta en el ámbito del arco atlántico andaluz y su *hinterland*. Ello ha ido en detrimento del papel asignado por la investigación a unas comunidades locales que, de ser las protagonistas del mundo de Tartessos, han terminado convirtiéndose en poco más que un epifenómeno. Visto desde la Andalucía mediterránea y el conjunto del Sureste este panorama resulta sorprendente, ya que existe la evidencia de un registro arqueológico que muestra la relevancia de los grupos autóctonos en la zona. Sin entrar en este debate por falta de espacio, pienso que el estudio de la Serranía de Ronda durante la Protohistoria tiene que abordarse desde un punto de vista local, calibrando las transformaciones derivadas del contacto con los fenicios y las que generó la propia dinámica endógena.

2. EL BRONCE FINAL. LOS ALBORES DE LA CENTRALIZACIÓN

Los datos que manejamos actualmente indican que los únicos lugares ocupados en la Serranía durante el Bronce Final eran el propio casco histórico de Ronda y la mesa de Acinipo. A éstos hay que añadir el pequeño enclave de El Boquique, próximo a la misma Acinipo, del que apenas conocemos poco más que su existencia (Carrilero y Aguayo, 2008: 182, fig. 2) (Fig. 2). Por el momento, en los relieves y valles periféricos de la Depresión de Ronda los asentamientos que se desarrollan a partir del Hierro Antiguo no han permitido individualizar materiales claramente fechados en el Bronce Final –ya sean procedentes de excavaciones o de superficie–, pues los hallazgos documentados siempre muestran presencia de cerámicas a torno. Esto viene a dibujarnos un panorama donde Acinipo y Ronda actúan como centros aglutinantes del poblamiento serrano que contaban ya con una larga tradición de asentamiento humano desde la Edad del Cobre. Ambos enclaves están perfectamente caracterizados por su facilidad de defensa, buen aprovisionamiento hídrico y dominio visual del territorio circundante, así como por sus posibilidades de acceso a áreas con recursos diversificados y a las rutas que salen de la Depresión (Fig. 3). Sin embargo, en algunos momentos parece que se produjeron fases de abandono: en Acinipo durante el Bronce Antiguo y en Ronda en el Bronce Pleno y Tardío.

En Acinipo el saliente que se individualiza en el flanco oriental de la mesa ha revelado una larga secuencia estratigráfica que finaliza en época romana (Fig. 4). Este área fue investigada en 1985 y 1988 mediante los cortes 2, 3, 4 y 5, unificados al final de los trabajos, y ha aportado la mayor cantidad de información sobre el periodo

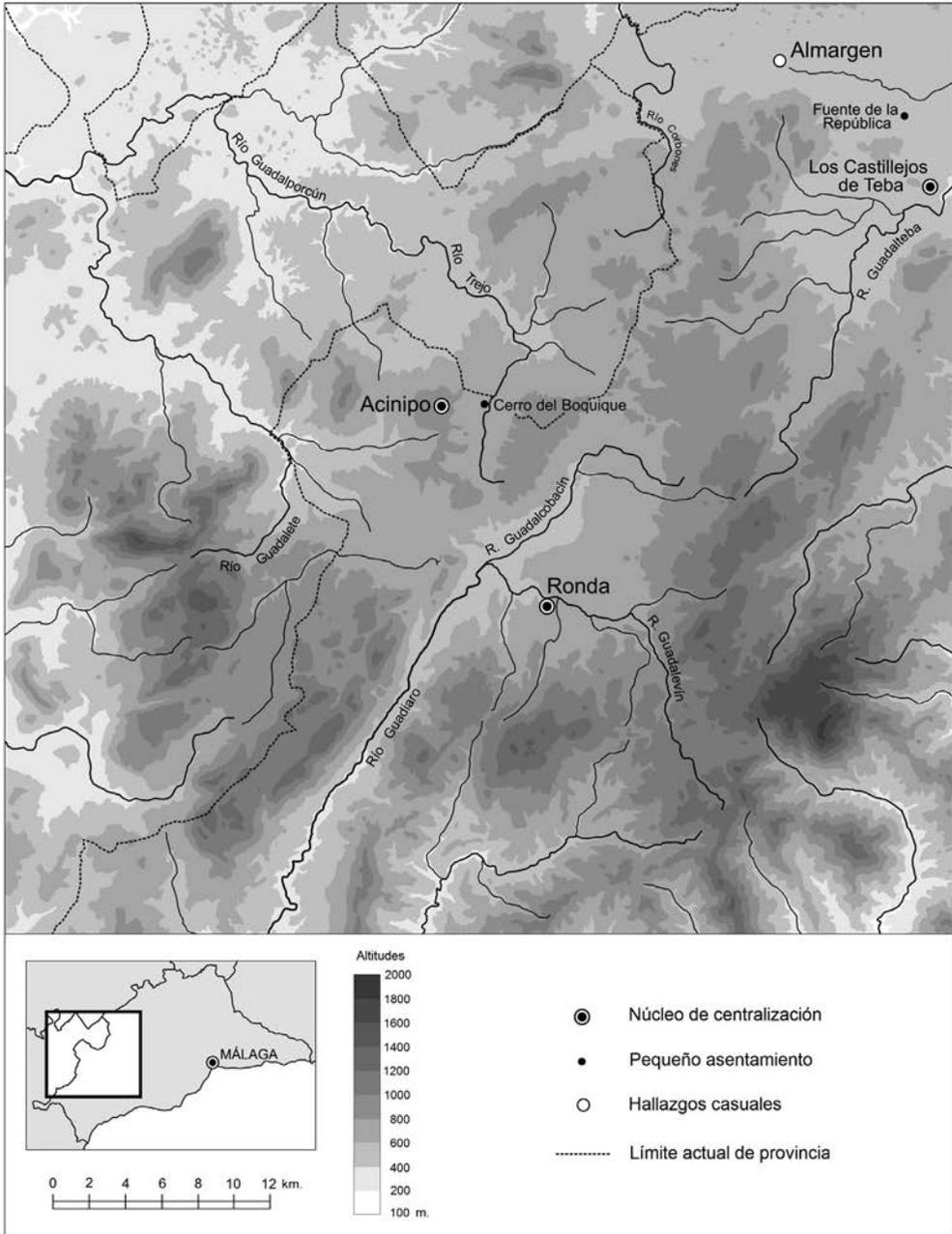


Fig. 2. Poblamiento de la Serranía de Ronda durante el Bronce Final



Fig. 3. Vista de la mesa de Acinipo desde el este

protohistórico del enclave (Aguayo, Lobato y Carrilero, 1987; Aguayo, Carrilero y Martínez, 1989; Aguayo *et al.*, 1992 a). La situación de este espacio en la parte baja de la mesa proporciona una serie de ventajas para el asentamiento humano que explican la ocupación de la misma. En primer lugar, presenta buenas posibilidades defensivas por lo escarpado de sus laderas, así como la proximidad a dos de los pequeños manantiales que se nutren del acuífero que existe debajo de la misma Acinipo. Igualmente su posición en la cota más baja de la mesa, en torno a 920 m de altitud, frente a los 999 m del punto más elevado de la misma, le proporciona un mejor microclima y un óptimo abrigo del viento que con frecuencia azota las zonas más altas de Acinipo.

La zona del espolón oriental no estuvo ocupada durante el Bronce Tardío y Final. En los primeros momentos de esta etapa el área se convirtió en un vertedero al que fueron a parar restos procedentes de zonas habitadas a cotas más altas. Se documentaron restos óseos de animales bastante completos pertenecientes a ovicápridos, suidos y bóvidos, además de fragmentos cerámicos del Bronce Pleno y Final (Aguayo, Carrilero y Martínez, 1989: 335; Riquelme, 1989-90). Posteriormente, este espacio se configuró como un suelo expuesto a los agentes atmosféricos –UE 30–, con abundante materia orgánica y con los estratos subyacentes sometidos a un claro proceso de edafización. Se trata de un suelo húmico que alcanzó un espesor entre 30-40 cm y caracterizado por la abundancia de fósforo, lo que indica su componente antrópico. Igualmente, muestra la presencia de fitolitos y gránulos de almidón de cereales como trigo y cebada, mientras el estudio de carbones y el alto grado de transformación de la materia orgánica presente revela que este suelo ha

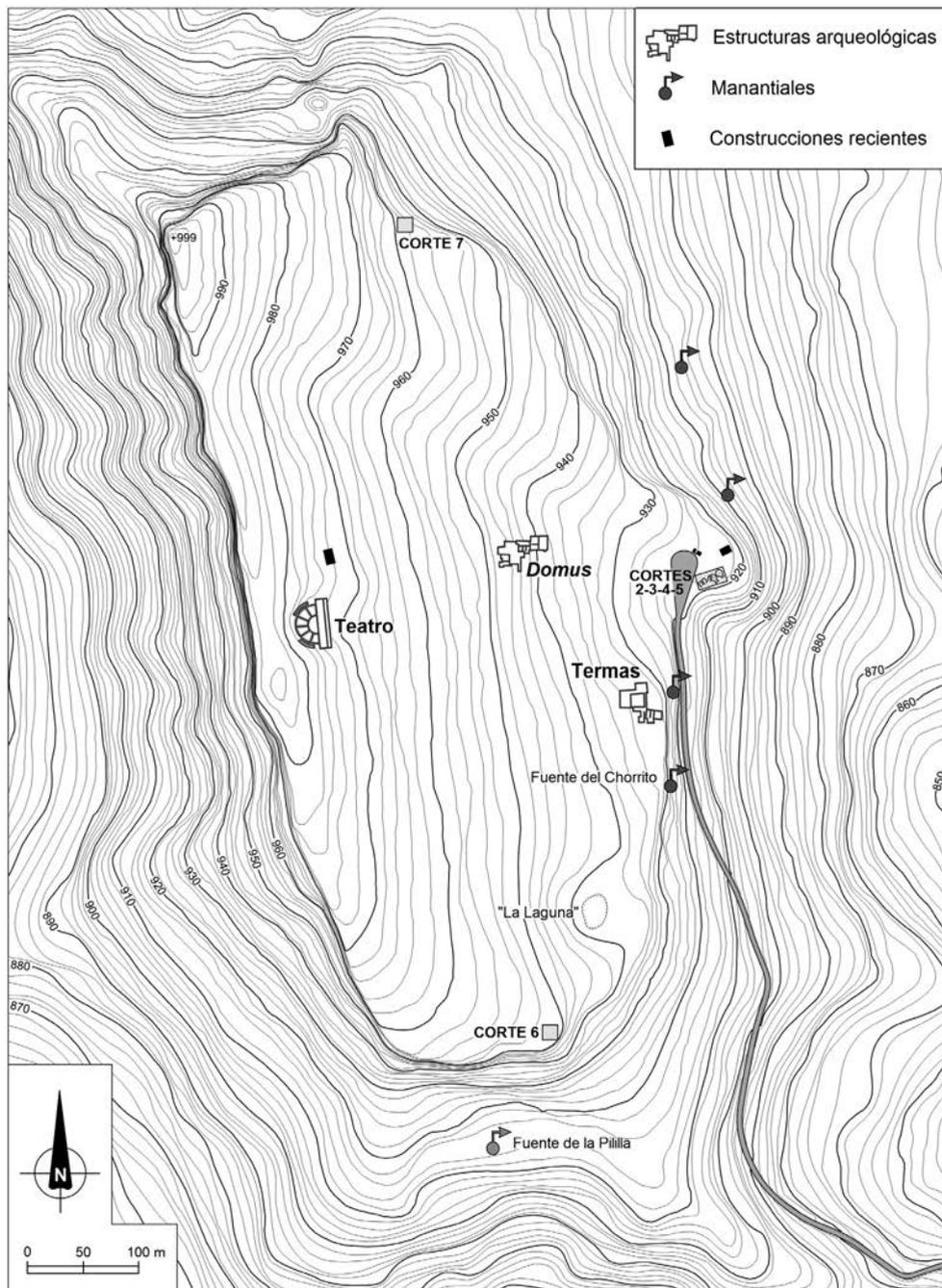


Fig. 4. Topografía de Acinipo con las intervenciones arqueológicas centradas en época protohistórica

estado sometido a estrés térmico. De todo ello puede inferirse que nos encontramos ante un suelo de cultivo dedicado a la producción de cereales mediante el sistema de quema de rastrojos de forma periódica que debió utilizarse durante los siglos XI-X a.C. (Carrilero *et al.*, 2002: 77-78). Los materiales más caracterizados corresponden al Bronce Final II, centrado en el siglo IX a.C. en cronología convencional.² Las cerámicas son las habituales en la provincia de Málaga en estos momentos inmediatamente anteriores a la llegada de los fenicios. Destacan algunos fragmentos con decoraciones esgrafiadas e incisas e igualmente dos piezas con decoración de boquique, que podrían plantear los vínculos del sur peninsular con el mundo de Cogotas I pese al desfase cronológico existente, explicación que resulta insuficiente –y con razón– para algún investigador (Martín Ruiz, 2001: 172).

En la misma Ronda, por el momento, solo el sondeo que se realizó en la plaza de Mondragón en 1984 es el único que ha permitido individualizar una etapa del Bronce Final (Aguayo, Lobato y Carrilero, 1987: 236-238) (Fig. 5). Corresponde un nivel de vertido de actividades domésticas desde zonas más altas, dado que la zona superior de la mesa de Ronda se configuraba topográficamente en aquellos momentos –y hasta época romana o incluso medieval– a base de diversas áreas escalonadas. Entre las cerámicas documentadas encontramos algunas que muestran decoración esgrafiada y de boquique, al igual que en Acinipo.

La periferia serrana muestra igualmente una escasa densidad de población. Únicamente en la vecina la cuenca del Guadalteba tenemos datos al respecto (*vid.* Fig. 2). Este valle fluvial se organiza territorialmente en torno al centro rector de Los Castillejos de Teba, enclave ocupado con seguridad desde el siglo IX a.C. sin presencia de material a torno (García Alfonso, 1993-94; 2007: 208). Este núcleo podría extender también su control a las vecinas tierras de Almargen, avenadas por el río homónimo, conocido también como río de la Venta, afluente del Guadalteba. Almargen ha aportado una estela grabada y una espada de lengua de carpa tipo Huelva, que podrían fecharse también en el siglo IX a.C. o a principios del siguiente (Villaseca, 1993). Estos hallazgos casuales de Almargen se vincularían con la ruta hacia la campiña sevillana a través del Corbones (García Alfonso, 2007: 196-199). Por ello, pienso que la rápida consolidación del núcleo territorial de Los Castillejos de Teba pudo relacionarse también con el interés de los liderazgos asentados en los potentes focos de Montemolín y Carmona en incorporar las regiones serranas del oeste de la actual provincia de Málaga a su esfera de relaciones.

² En este trabajo seguimos nuestra propuesta de periodización para el mundo indígena de la actual provincia de Málaga ya publicada con anterioridad (García Alfonso, 2007: 81-82), a la que hemos incorporado los reajustes necesarios de acuerdo con las nuevas cronologías radiocarbónicas calibradas.

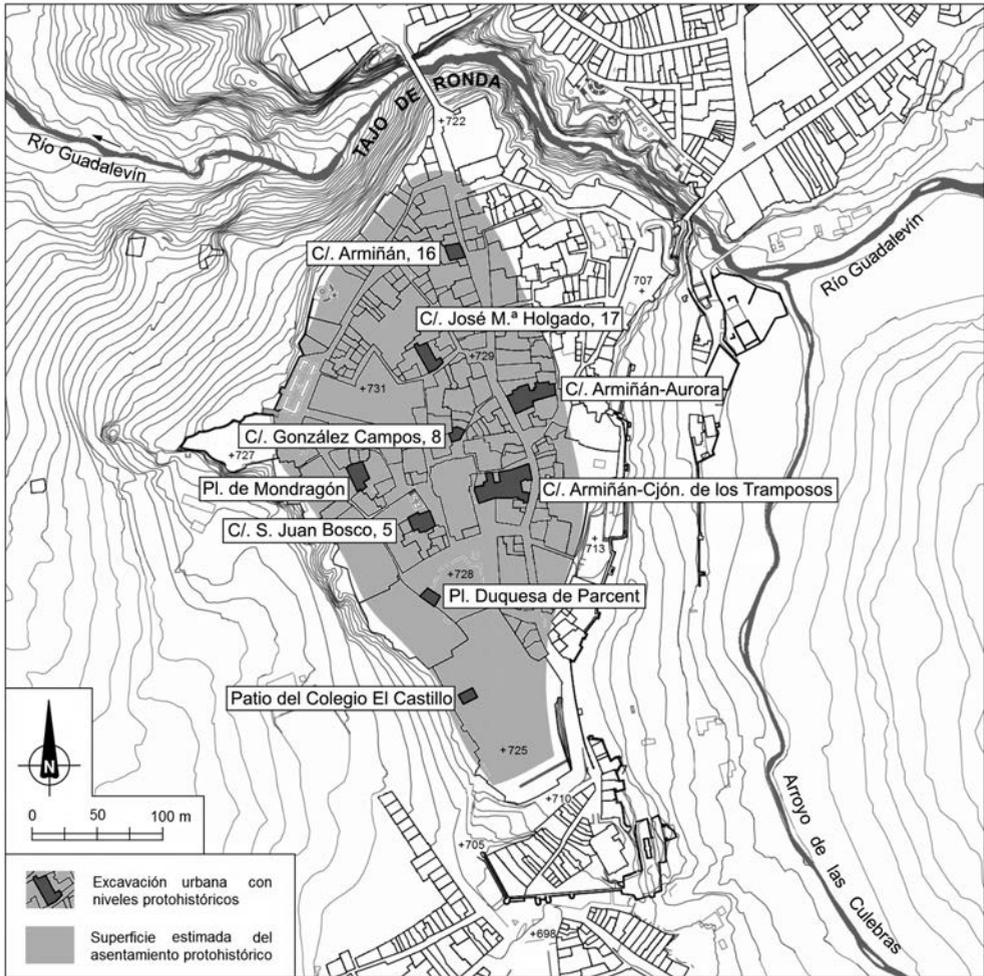


Fig. 5. El poblado protohistórico de Ronda

3. EL HIERRO ANTIGUO I. EL IMPACTO FENICIO

Desde el inicio del *Proyecto Ronda* las dataciones de ^{14}C fueron uno de los puntales básicos del mismo. Los primeros resultados en este campo se obtuvieron en 1988 y vinieron a señalar que la llegada de los primeros materiales fenicios a la Serranía debía situarse en los momentos finales del siglo IX a. C. Esto tuvo un gran impacto en la investigación dado que las cronologías que se manejaban para la llegada de los fenicios al Mediterráneo occidental no remontaban entonces los inicios del siglo VIII a. C. Actualmente, la proliferación de numerosas fechas radiocarbónicas calibradas ha

favorecido el consenso de situar la primera presencia fenicia en el litoral meridional de la Península Ibérica en la segunda mitad del siglo IX a.C., no sin generar un arduo debate y sin que se hayan resuelto –ni mucho menos– todos los problemas que esta nueva cronología plantea (García Alfonso, 2016).

Las fechas obtenidas en Acinipo proceden de las cabañas circulares del Hierro Antiguo I documentadas en los cortes unificados 2-3-4-5. Se han publicado en diversas ocasiones y han sido objeto de varias correcciones, tanto en edad convencional como en calibración en trabajos de hace algunos años (Aguayo *et al.*, 1992 a: 311; Carrilero, 1992: 136; Aubet, 1994: 318-319; Castro, Lull y Micó, 1996: apéndice, nº. 1552-1557). Con posterioridad se han publicado nuevas fechas con tecnología más actual y correcciones de las antiguas (Carrilero *et al.* 2002: 74-77; Carrilero y Aguayo, 2008: fig. 2). En síntesis, estos últimos resultados obtenidos en Acinipo nos ofrecen unas cronologías de 2770 ± 90 BP (927 cal BC)³ y 2650 ± 90 BP (820 cal BC),⁴ en aquellas dataciones que consideramos más significativas. Sin embargo, la calibración de ambas fechas nos ofrece a 2σ una horquilla cronológica muy amplia, de más de 400 años, lo que hace disminuir su valor.

En el casco histórico de Ronda disponemos de algunas otras fechas radiométricas interesantes para estos momentos entre el Bronce Final y el Hierro Antiguo, que proporcionan unos resultados de 2730 ± 70 BP (883 cal BC),⁵ 2640 ± 70 BP (817 cal BC)⁶ y 2630 ± 80 BP (810 cal BC),⁷ que vienen a ser coincidentes con las de Acinipo. En estas dataciones de la propia Ronda la calibración muestra unos intervalos de probabilidad a 2σ más cortos que en Acinipo, salvo en la última, pero aún así superan los dos siglos y medio. No obstante, pese a los problemas que presentan las fechas ¹⁴C de Acinipo y Ronda, además de las obtenidas en la Silla del Moro (*vid. infra*) han permitido construir cronológicamente el proceso histórico de la Depresión de Ronda a lo largo del primer milenio a.C. (Fig. 6).

En lo que respecta los momentos más tardíos del Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro, los valores medios de esta dataciones señalan que las relaciones con los fenicios establecidos en el litoral se iniciaron en el siglo IX a.C., más probablemente en su segunda mitad. En este sentido cobra especial interés la vinculación entre la Depresión de Ronda y el asentamiento de Los Castillejos de Alcorrín –Manilva–,

³ I-15464.

⁴ I-15463.

⁵ UGRA-432.

⁶ UGRA-485.

⁷ UGRA-483.

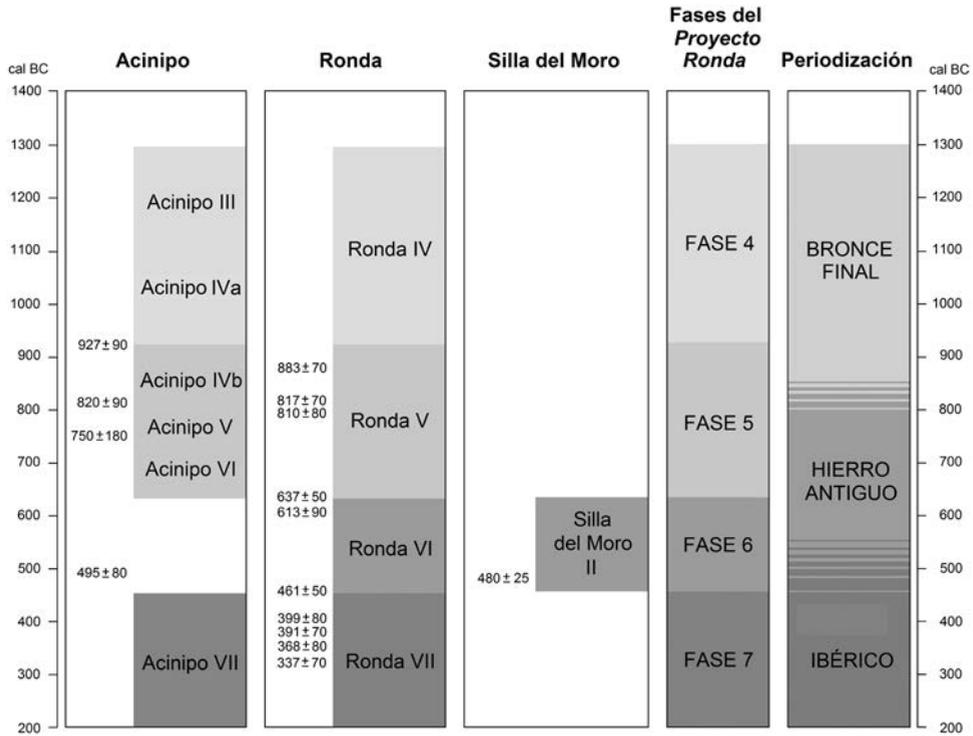


Fig. 6. Tabla cronológica de la Protohistoria de la Depresión de Ronda (elaboración propia a partir de Carrilero y Aguayo, 2008: fig. 2)

tanto a nivel de fechas calibradas como de materiales, al menos durante el período en que este último lugar estuvo ocupado. La conexión entre ambas zonas por la ruta natural que sigue el valle del Guadiaro es evidente y se nos presenta mucho más factible que una relación intensa con el bajo Guadalhorce y el centro de La Rebanadilla, cuya primera fase –la IV– parece corresponder a una fase algo más antigua que Acinipo, al menos a juzgar por los materiales documentados (Sánchez Sánchez-Moreno *et al.*, 2012). A este respecto, queremos plantear que sería el área de la desembocadura del Guadiaro, con Alcorrín como centro organizador, desde donde partirían las relaciones fenicias que vemos en Acinipo y Ronda durante el Hierro Antiguo I. Las fechas de ^{14}C disponibles en estos tres lugares resultan bastante coincidentes, si bien las obtenidas en Alcorrín permiten una mayor precisión a causa de su menor intervalo de probabilidad estadística y su obtención con técnicas actuales. En el foso de la fortificación interior de este enclave tenemos una datación sobre carbón⁸ con

⁸ Erl-11500. Alcorrín 10/07-1.

una fecha 2711 ± 42 BP, que nos ofrece un intervalo de probabilidad del 94,2% (2σ) entre 932-801 cal BC (Marzoli *et al.*, 2010: tab. 1). Quizás más posiblemente pudiera plantearse una relación con el Cerro del Villar una vez que este lugar se convierte en el centro de la estrategia fenicia en la bahía de Málaga y Alcorrín se había abandonado, hechos que pudieron ser coincidentes en el tiempo a lo largo de la segunda mitad del siglo VIII a.C. ya en cronología convencional.

En Acinipo son bien conocidas las cabañas del Hierro Antiguo I documentadas en los cortes unificados 2-3-4-5, que muestran una característica planta circular o cuadrangular con las esquinas redondeadas con un hogar central en su interior y una zona pavimentada con piedras delante de su acceso –fase Acinipo IVB– (Figs. 7-8, *vid.* Fig. 6). A consecuencia de las limpiezas periódicas a que eran sometidas estas construcciones, no se han documentado muchos hallazgos muebles de esta fase. Al final de la misma el porcentaje entre cerámica a mano y a torno se estima en un 50% para ambos grupos (Aguayo *et al.*, 1987: 300-301). Entre la primera continúan apareciendo algunas muestras de boquique y excisión. Por su parte, los materiales a torno son importados en esta etapa, destacando los platos de engobe rojo de borde estrecho y las ánforas fenicias T.10.1 de J. Ramon (1995: 229-231). Entre los restos faunísticos hay que destacar la presencia de esturión, pargo y, aunque no con total seguridad, cazón. Esto confirma los contactos con la costa, tanto atlántica como mediterránea (Aguayo, 2001: 74-75).

En el casco histórico de Ronda los niveles arqueológicos de este momento están bastante desmantelados y se solapan con las fases siguientes del Hierro Antiguo. El hallazgo más notable de este periodo en la ciudad es el conocido molde de espada de lengua de carpa de tipo Ronda-Sa Idda,⁹ y que convierte a la ciudad en el único foco de producción de esta clase de armas que ha podido ser identificado con seguridad. La pieza es un hallazgo casual aparecido en el colegio El Castillo durante unas obras en 1979 (del Amo, 1983; Aguayo, Carrilero y Lobato, 1988: 19; García Alfonso, 2007: 269-270) (Fig. 9). La datación del molde de Ronda resulta problemática al carecer de contexto arqueológico. La intervención que se llevó a cabo en el lugar donde apareció (*vid.* Fig. 5) solo permitió conocer un ambiente genérico del Bronce Final-Hierro Antiguo (Aguayo, Lobato y Carrilero, 1987: 238). De acuerdo con la tipología y la evolución general de las espadas de lengua de carpa hay un cierto acuerdo entre la investigación en considerar al tipo Ronda-Sa Idda como la fase más tardía de estas producciones. Algunos autores han fechado estas

⁹ En algunos trabajos anteriores hemos defendido denominar a las piezas que presentan estas características formales como espadas tipo Ronda (García Alfonso, 2000: 614 y 788; 2007: 270 y 360). No obstante, el recientemente reforzado peso de Cerdeña en la dispersión de estas armas aconsejan mantener la designación Ronda-Sa Idda (*vid. infra*).

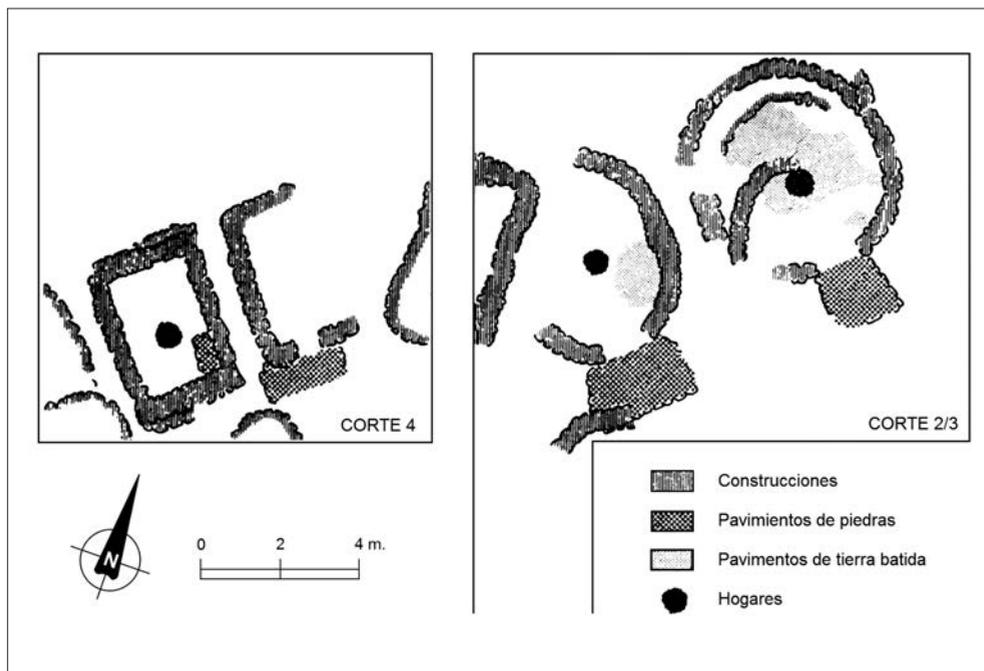


Fig. 7. Acinipo. Planta de las cabañas del Hierro Antiguo I (según Aguayo, Carrilero y Martínez, 1991: fig. 1)



Fig. 8. Acinipo. Vista parcial de las cabañas del Hierro Antiguo I

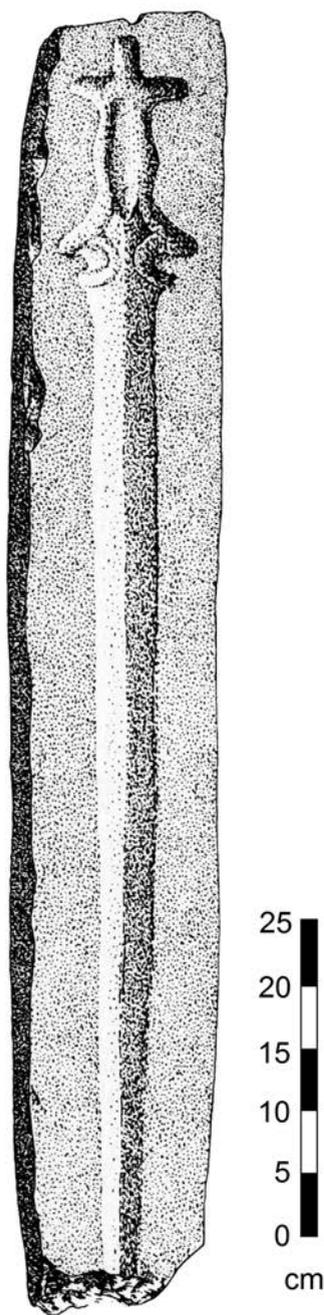


Fig. 9. Ronda. Molde de espada
(según del Amo, 1983)

piezas en el siglo VII a.C. (del Amo, 1983: 92), mientras que otros han señalado una cronología de los siglos VIII-VII a.C. (Farnié y Quesada, 2005: 38-43) que yo mismo defendí en su momento (García Alfonso, 2007: 270 y 362). La aparición de una espada de tipo Ronda-Sa Idda en un depósito de bronce hallado en Sant'Imbenia –Cerdeña– en 2010, con un contexto arqueológico bien definido (Depalmas, Fundoni y Loungo, 2011: 237-238, n.º. 3, figs. 2, n.º. 3 y 4, n.º. 9; Rendeli, 2013: 143), nos hace considerar que posiblemente sea necesaria una revisión de la cronología de estas producciones. Ya con anterioridad a este último hallazgo, hubo quien planteó una fecha del siglo X a.C. para estas producciones (Lo Schiavo, 2002: 58), datación que me parece demasiado alta. A este respecto, el depósito de Sant'Imbenia que contiene la espada tipo Ronda-Sa Idda es el tercer acúmulo de metal que aparece en este enclave sardo y se fecharía –de acuerdo con sus investigadores– a mediados del siglo VIII a.C. o poco después (Depalmas, Fundoni y Loungo, 2011: 253-254). Dicho hallazgo se documentó en la cabaña A24, que es contigua a otra –la A23– donde se localizaron otros dos depósitos de bronce en 1990 (Bafico, D'Oriano y Lo Schiavo, 1995: 89-91). El más reciente de estos dos últimos está en el mismo nivel donde apareció un escifo subprotogométrico de semicírculos colgantes de producción euboica; además, en el entorno inmediato, aparecieron dos escifos también euboicos del Geométrico Medio II: uno de tipo *one-bird* y otro de *chevrons* (Bafico, D'Oriano y Lo Schiavo, 1995: fig. 2). La fecha final convencional de estas producciones cerámicas se situaría c. 770 a.C. Sin embargo, en los últimos tiempos se viene

proponiendo una subida de las dataciones de estas cerámicas griegas en el sentido que señalan las fechas radiométricas, lo cual nos situaría en momentos anteriores a c. 800 cal BC (cfr. García Alfonso, 2016). Por ello, pienso que se puede plantear el inicio de la producción de las espadas Ronda-Sa Idda antes de que acabase el siglo IX, máxime cuando la pieza de esta tipología aparecida en el depósito de la cabaña A24 de Sant'Imbenia se encuentra rota e incompleta, revelando que era ya un objeto en desuso y amortizado. Si consideramos la elevación de la cronología terminal de estas cerámicas griegas a c. 800 a.C., podríamos considerar que los tres depósitos metal hallados en Sant'Imbenia, incluyendo el que contenía la espada tipo Ronda-Sa Idda de la cabaña A24, fueron enterrados al término del siglo IX o –como muy tarde– en el primer tercio del siglo VIII a.C. Otra cuestión es la perduración posterior de este tipo de espadas, no exenta de controversias y que sería muy largo de exponer aquí. En cualquier caso, el molde de Ronda es un testimonio de la pujanza metalúrgica del asentamiento posiblemente desde el siglo IX a.C. y con toda seguridad en el siguiente, con una tradición que –quizás– arranque de momentos tempranos del Bronce Final. A ello hay que añadir una serie de crisoles, escorias y restos de fundición documentados en la excavación de urgencia de 1994 realizada en calle Armiñán esquina al callejón de los Tramposos que se vinculan claramente con la producción de bronce (Aguayo, 2001: 83-87).

4. EL HIERRO ANTIGUO II. LA INTENSIFICACIÓN

A partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C. –en cronología convencional– se inicia un periodo de rápida transformación del sur peninsular, derivado del éxito de implantación de la diáspora fenicia en el litoral y de la instalación en el interior de ciertos contingentes de este origen, siempre en puntos muy concretos. El proceso de interacción con las comunidades indígenas va a provocar una serie de cambios radicales en éstas, las cuales terminarán mutando de manera irreversible sus bases económicas, tecnológicas, sociales, demográficas e ideológicas. Se genera así un nuevo sistema regional, determinado por multitud de subsistemas en los niveles locales. Arqueográficamente, además de los cambios en la cultura material, observamos un importante aumento de la población, ya fuera de origen endógeno o exógeno, cuestión que sigue abierta. En cualquier caso, se produjo una auténtica colonización humana del territorio, con el consiguiente proceso de deforestación y roturación. Se intensificó la concentración en áreas ya habitadas con anterioridad, pero queda también manifiesta la ocupación de nuevas tierras que anteriormente presentaban escasa o nula densidad demográfica. Todo ello queda confirmado por el aumento exponencial de número de asentamientos a lo largo

de los siglos VIII, VII y primera mitad del VI, conocidos fundamentalmente a nivel de prospección superficial. No obstante, todavía falta por hacer a nivel de detalle una verdadera historia agraria de estos momentos en el conjunto del mediodía peninsular, cuyo desarrollo probablemente no fue lineal. Este crecimiento tuvo que asentarse en una mayor disponibilidad de recursos alimenticios, derivado de la implantación de nuevas técnicas agrícolas y de los conceptos de economía de escala introducidos desde el mundo fenicio. Igualmente, esta mayor productividad parece que se vio igualmente favorecida a partir de c. 750 a.C. por una suavización de las condiciones de aridez que habían caracterizado a todo el occidente de Europa desde el final del Calcolítico y a lo largo de la Edad del Bronce. Se produjo un aumento de la pluviosidad y una ligera subida de las temperaturas medias una vez pasado el llamado *evento Bond 2*, que marcó el mínimo térmico del primer milenio a.C. en torno a 2900 cal BP –c. 950 cal BC– (Borja, 2014: 286, fig. 7) (Fig. 10).

En Acinipo la etapa del Hierro Antiguo II supone una serie de cambios estructurales en la zona excavada de los cortes unificados 2-3-4-5. Arqueográficamente esta fase se identifica como Acinipo V (*vid.* Fig. 6), apareciendo varias estructuras de patrón rectangular, que configuran una serie de habitaciones aglutinadas, con una concepción más orgánica que las viviendas circulares del momento anterior. Son construcciones dotadas de

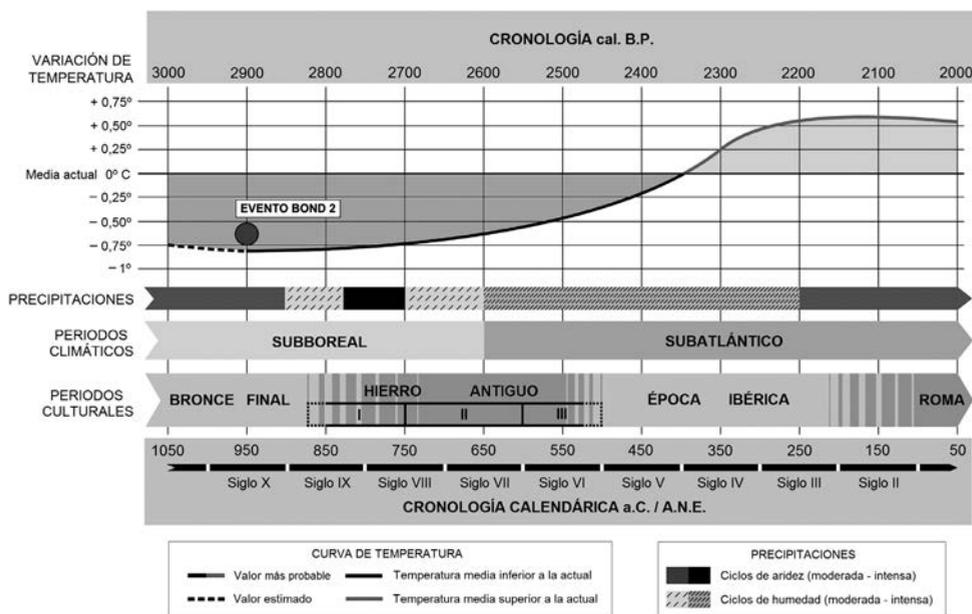


Fig. 10. Propuesta de evolución climática del sur de la Península Ibérica en el primer milenio a.C. (a partir de Borja, 2014: fig. 7)

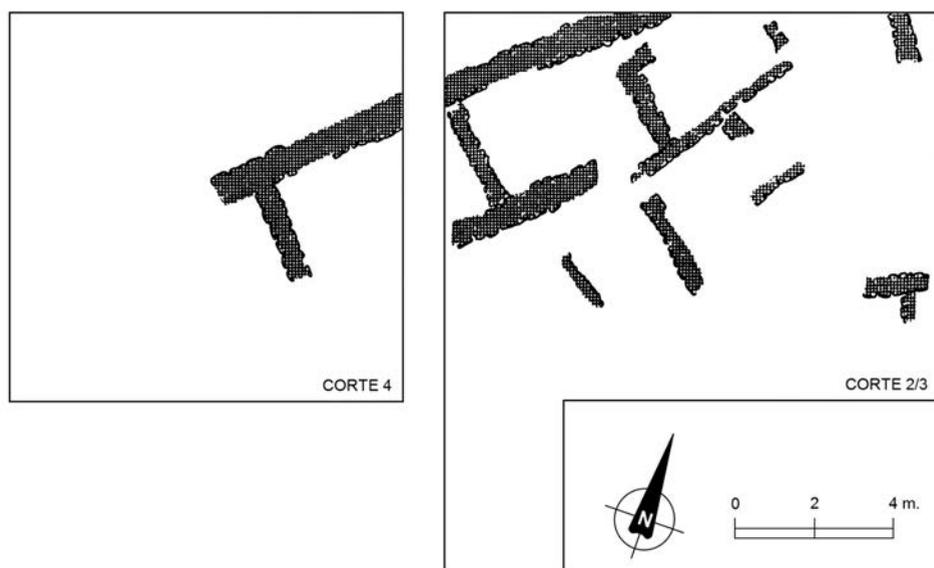


Fig. 11. Acinipo. Estructuras cuadrangulares y compartimentadas del Hierro Antiguo II (según Aguayo, Carrilero y Martínez Fernández, 1991: fig. 2)

fosa de cimentación, aunque muy somera, y que presentan el paramento bien careado (Fig. 11). En cuanto a los materiales, el torno es mayoritario, con un repertorio a base de cerámicas grises y ánforas de tipología fenicia T.10.1 de J. Ramón. Correspondiente a estas últimas piezas, un muestreo analítico físico-químico sobre una serie de fragmentos han permitido determinar que un 77% de los mismos estaban elaborados con arcillas de la zona del entorno (Aguayo, 2001: 79-80). Igualmente, hay algunas ánforas que muestran decoraciones lineales pintadas muy similares a las conocidas en el Cerro del Villar (Martín Ruiz, 2011: 71-72) (Fig. 12). Igualmente se documentan también algunos fragmentos de cerámicas con decoración pintada con motivos vegetales, zoomorfos y geométricos de tipo “orientalizante” (Aguayo, 2001: fig. 3). Esta implantación masiva de la cerámica a torno implica la pronta asimilación de la tecnología fenicia, aunque las cerámicas a mano se siguen utilizando, especialmente en tareas de cocina, como vemos también en el Cerro del Villar (cfr. Aubet, Ruiz y Trelisó, 1999: fig. 130, a). El cambio tecnológico afectó también a la metalurgia, con el uso del hierro, que queda testimoniado por la aparición de fragmentos de objetos fabricados en este metal, que debió producirse ya en el mismo poblado como indica una pequeña olla a mano restos de metal fundido en su interior (Aguayo *et al.*, 1987: 302).

Esta ocupación del Hierro Antiguo II en Acinipo se extendió también a otras zonas de la mesa. Ello queda atestiguado por los cortes 6 y 7, ubicados respectivamente junto a



Fig. 12. Acinipo: *Ánfora de tipología fenicia con decoración pintada*
(imagen Martín Ruiz, J.A. 1995: 222)

los escarpes meridional y septentrional que delimitan del enclave (Aguayo y Carrilero, 1996: 355; Sanna, 2009: 159; 2015: 180) (*vid.* Fig. 4). No obstante, ignoramos la densidad de uso del espacio durante esta etapa. Posiblemente se trató de una ocupación extensiva, quizás concentrada en determinadas áreas y dejando entre sí amplias zonas libres en el conjunto de la mesa. Esto sabemos que ocurrió en la Acinipo romana, donde las zonas habitadas de forma permanente se ubicaron en las cotas medias y bajas, quedando las zonas altas para otros usos.

En el casco histórico de Ronda se han documentado también niveles de estos momentos en diversos solares de las calles San Juan Bosco, Armiñán y Aurora (*vid.* Fig. 5). No obstante, se trata de niveles poco definidos por las superposiciones posteriores, pero que señalan a Ronda como un núcleo importante durante el Hierro Antiguo II (Aguayo, Carrilero y Martínez, 1991: 568; Aguayo y Carrilero, 1996: 360-361). Con ello, desde 750 a.C. en adelante parece que Ronda y Acinipo se consolidaron como centros rectores de la Depresión, aunque no somos capaces de determinar si existió una relación de subordinación de uno sobre otro. A este respecto, somos más partidarios de pensar que se constituyeron dos territorios políticos diferenciados, uno focalizado en torno al alto Guadiaro –Ronda– y otro centrado en el alto Guadalete y la cuenca de su tributario Guadalporcún –Acinipo–. La posición dominante de ambos a nivel espacial es evidente, así como su carácter de cruce de diferentes rutas de comunicación que

conectaban con el exterior y facilitaban igualmente también la administración de su área de influencia inmediata, que podría reconstruirse a nivel de hipótesis con modelos teóricos de carácter geométrico (Fig. 13).

El mismo proceso aglutinamiento de población observamos en otros núcleos de centralización ubicados en la periferia de la Serranía, especialmente los vinculados a las rutas que conectan con las campiñas de Sevilla y Jerez y que controlan los pasos hacia estas zonas. Son los casos de Pozo Amargo¹⁰ (Bueno Serrano, Ruiz Gil y López Rosendo, 1999: 52-53) y Cerro de la Botinera¹¹ (López Rosendo, 2011: 51-52), aunque por el momento los datos que conocemos proceden de superficie y solo permiten una aproximación muy preliminar y a nivel de mera hipótesis de trabajo. Posiblemente, esta nuclearización pudo responder a estímulos emanados desde las inmediatas campiñas o bien desde los centros de Acinipo y Ronda (*vid.* Fig. 13). Por otro lado, en el flanco serrano que drena hacia el Guadalteba será el poblado de Los Castillejos de Teba el que actuó como núcleo centralizador del territorio en un proceso que venía desde el Bronce Final, en paralelo a Ronda y Acinipo, pero pensamos que de manera independiente de aquéllos.

Junto a estos lugares centrales, el aumento demográfico durante el Hierro Antiguo I y II en toda Andalucía queda claramente reflejado en la proliferación de multitud de pequeños asentamientos, que carecen de cualquier tipo de defensa natural y se vinculan a las tierras de cultivo, distribuyéndose siguiendo la red fluvial. Estos enclaves han sido denominados *cortijadas* (Carrilero y Aguayo, 1996: 48; Recio, 1996: 69) o *aldeas agrícolas* (García Alfonso, 2007: 401-404), derivadas de su clara relación con las actividades primarias. En la Depresión de Ronda se conocen un elevado número de este tipo de asentamientos, pero de manera muy somera y siempre a nivel de prospección superficial. Los investigadores del *Proyecto Ronda* señalaron la existencia de unos 20 enclaves de este tipo, facilitando algunos mapas de dispersión, pero solo en muy pocas ocasiones se indican topónimos concretos y alguna característica arqueográfica de estos enclaves de manera individualizada (Carrilero y Aguayo, 1996: 356, fig. 1; Carrilero *et al.* 2002: 98-99, fig. 17; Recio, 1995: 508) (Fig. 14). Es evidente que estas aldeas agrícolas son dependientes de los asentamientos mayores que organizan su entorno desde emplazamientos elevados, representando uno de los signos más visibles de la puesta en marcha de diversos proyectos de constitución de territorios políticos. Por una parte, proporcionan las bases subsistenciales mediante la explotación agropecuaria del medio y, por otra, fijan los contingentes de población,

¹⁰ Término municipal de Puerto Serrano, Cádiz.

¹¹ Término municipal de Algodonales, Cádiz.

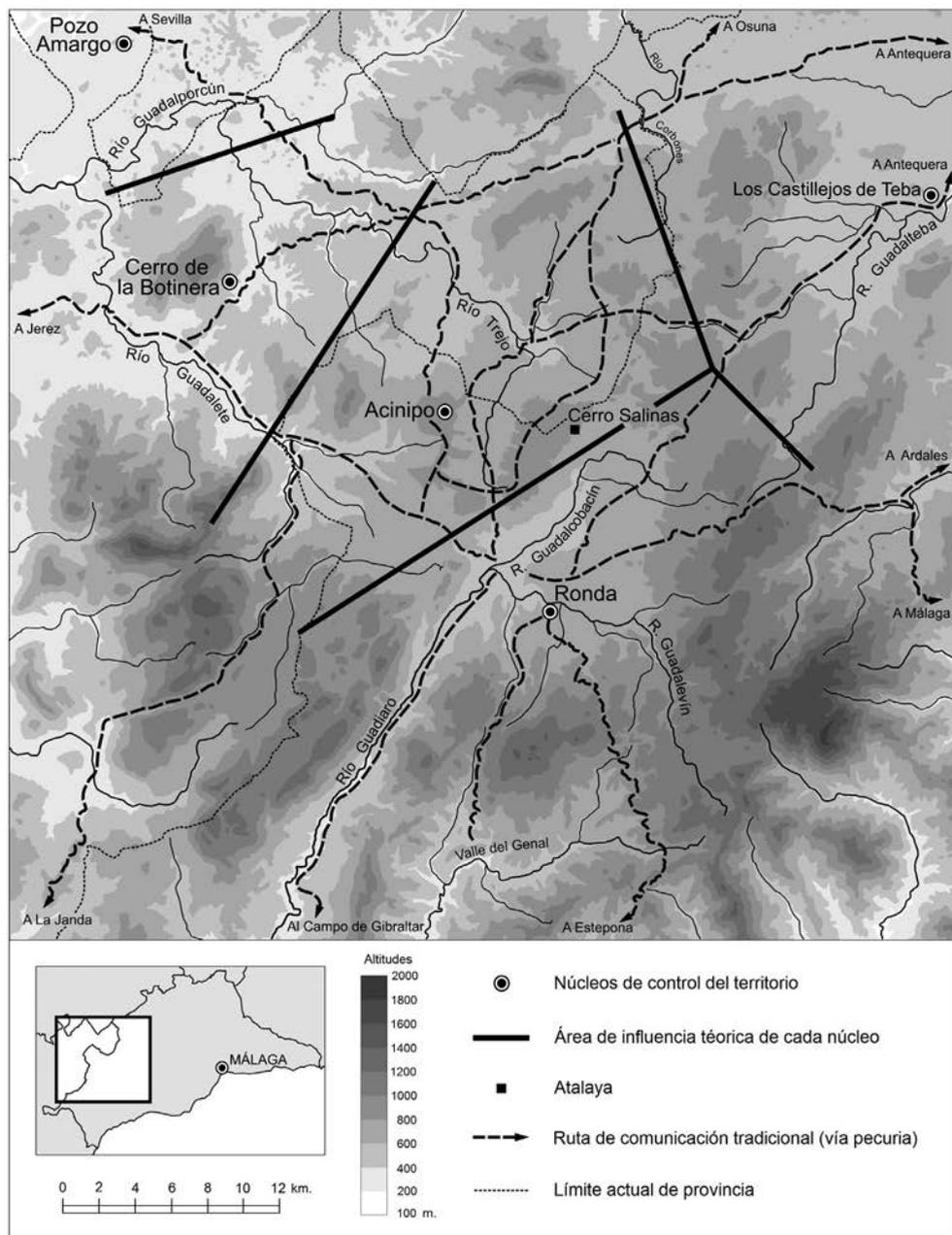


Fig. 13. Áreas territoriales de los núcleos de centralización de la Serranía de Ronda en el Hierro Antiguo I-II. Propuesta de reconstrucción con líneas mediales

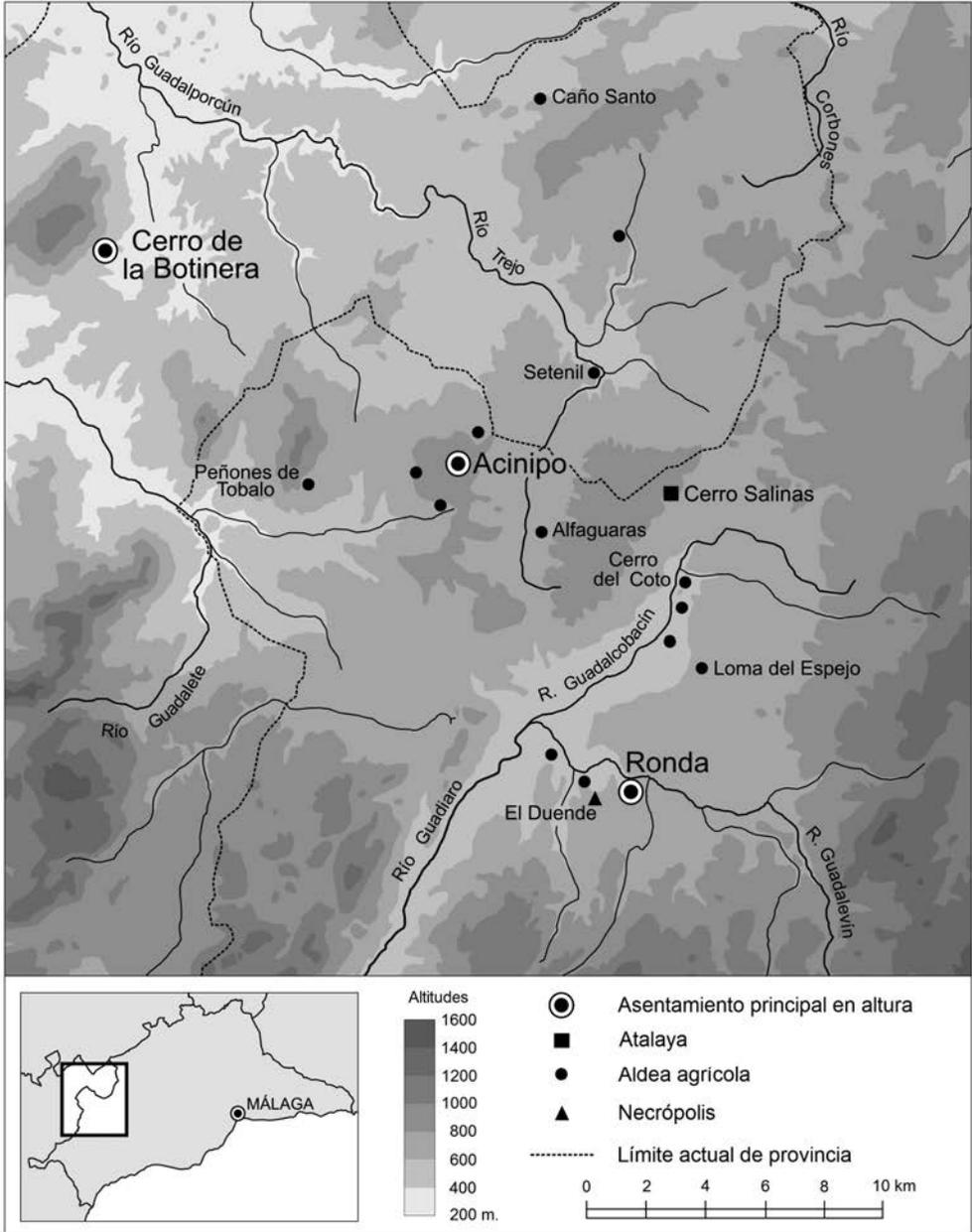


Fig. 14. El poblamiento de la Depresión de Ronda en el Hierro Antiguo I-II: núcleos de centralización y aldeas agrícolas



Fig. 15. Cerro Salinas visto desde la vega del Guadalquivir

distribuyéndola por el medio como garantía del derecho a la apropiación del espacio. Los análisis antracológicos indican una progresiva deforestación en estos momentos. En las etapas previas al Hierro parece existir un bosque mixto de quejigo y encina, que ocuparía las zonas de mayor fertilidad, intercalado con acebuche y lentisco, indicando una escasa incidencia antrópica en el medio de la Depresión. A partir de c. 800 a.C. el quejigo queda muy menguado y aparecen carbones de árboles de ribera, higuera y vid (Carrilero y Aguayo, 1996: 46). Esta roturación generalizada hubiera sido imposible sin el aumento demográfico que se produce a partir de los inicios del siglo VIII a.C. Por ello, las aldeas agrícolas fueron una de las herramientas fundamentales en el proceso de consolidación de la jerarquización en el Hierro Antiguo I-II, dotando de legitimidad a las élites locales y diluyendo las posibles tensiones sociales. A este respecto está claro que el proceso de colonización del territorio era planificado, ya que no faltan algunos enclaves cuya función evidente es el control visual del espacio y la vigilancia de zonas susceptibles de generar fricciones entre núcleos centralizadores, caso de Cerro Salinas entre Ronda y Acinipo (Fig. 15, *vid.* Fig. 13).

5. EL HIERRO ANTIGUO III. COLAPSO

Desde finales del siglo VII a.C. se empiezan a observar una serie de cambios en el sur peninsular que indican que el modelo desarrollado con éxito en el Hierro Antiguo I y II se iba agotando. Aunque carecemos de datos cuantitativos, es evidente que el aumento demográfico no se había detenido en estos momentos, pues continúa el

proceso de ocupación de nuevas tierras, ahora ya ubicadas en zonas más marginales y de menor productividad. Igualmente se observa cierta inseguridad, pues algunos núcleos centrales del interior comienzan a amurallarse. Aunque las fortificaciones existían en toda Andalucía desde el Bronce Final, por no remontarnos a momentos más antiguos, resulta sintomático que enclaves que hasta ese momento no presentaban estructuras defensivas artificiales comiencen a construirlas. Es el caso de Los Castillejos de Teba (García Alfonso, 2007: 216-218), entre otros. Igualmente, la aparición de numerosas puntas de flecha del tipo de anzuelo en diferentes poblados ubicados en lugares estratégicos del interior de Andalucía, muchas claramente disparadas o incrustadas en los paramentos murarios de estos momentos, permite inferir la posibilidad de ataques masivos sobre dichos enclaves o incluso de asedios. Todas estas circunstancias ya las hemos apuntado algunos trabajos anteriores (García Alfonso, 2007: 410) y en síntesis responden a un agotamiento del modelo que se desarrolló a consecuencia de la presencia fenicia y que fue impulsado por las élites indígenas, perfectamente interpretable dentro de la Teoría General de Sistemas. La resiliencia de dicho modelo era muy limitada debido a que estaba basado exclusivamente en la ampliación constante de los espacios roturados, por lo que tendía a de manera ineludible a sufrir la *ley de rendimientos decrecientes* formulada por J. Tainter (2013: 91-93 y 118-123), pese a que la complejidad no había alcanzado un nivel de sociedad urbana. Esto ocurrió una vez agotadas las novedades introducidas por los fenicios en la segunda mitad del siglo IX y por la dinámica propia derivada de la economía de escala que implantan las élites. El sistema funcionó mientras existía tierra de calidad disponible que permitía sostener a una población creciente. Una vez se agotó el espacio fácilmente cultivable, combinando con los bajos rendimientos agrarios en un modelo con escasa evolución tecnológica, el paradigma estaba condenado a colapsar a no ser que se dispusiese de nuevos espacios a roturar. Sería muy largo de desarrollar aquí, pero en síntesis así es como veo la llamada *crisis del siglo VI a. C.* del mundo fenicio arcaico del sur peninsular¹² y los cambios en el mundo autóctono coetáneo, para lo que remito a otros trabajos anteriores (García Alfonso, 2000: 871-878 y 885-886; 2007: 409-415 y 422-423; e.p.).

Por otra parte, en los últimos años este panorama se ha visto complementado por los estudios paleoclimáticos, que han aportado una serie de datos de primera mano para entender aún mejor las circunstancias ambientales que pudieron potenciar el colapso de finales del Hierro Antiguo. De este modo, se combinaron las propias debilidades del sistema, derivadas de su limitada implementación tecnológica y de sus dependencias endógenas y exógenas, con una serie de acontecimientos atmosféricos

¹² Cfr. Martín Ruiz, 2007, con bibliografía anterior.

adversos, que –en mi opinión– permiten inferir un escenario de “tormenta perfecta”, aun a costa de ser tachado de funcionalista. Desde el mínimo térmico del *evento Bond 2* la recuperación de las temperaturas fue muy lenta, alcanzándose unos valores similares a los actuales hacia c. 2400 cal. BP (c. 450 a.C.), que dieron paso al llamado óptimo climático “romano” o “turdetano-romano” (Borja, 2014: 286, fig. 7; Brooke, 2014: 323-326) (*vid.* Fig. 10). A este respecto, hacia c. 2600 BP (c. 650 a.C.) se iniciaría el periodo climático Subatlántico, cuya primeras manifestaciones fueron una leve subida de las temperaturas y un aumento de las precipitaciones, tras una etapa que, de por sí, había sido algo más lluviosa que los inicios del Hierro en el sur peninsular. Un aumento importante de la humedad en un momento en que las temperaturas todavía se encontraban a 0,5° C por debajo de la media actual pudo ser desastrosa para las cosechas, dado que cereales como el trigo y la cebada no soportan un exceso de precipitación invernal y primaveral, al tiempo que un ambiente más húmedo de lo habitual dificulta la conservación del grano, haciendo que germine antes de tiempo, lo cual resta semilla para su siembra para el siguiente año una vez se ha distraído la parte a consumir en esa temporada. Si se sucedieron varios ciclos agrícolas desfavorables donde concurriesen estas circunstancias, como parece que fue la tónica a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C., el abastecimiento de unas comunidades humanas con efectivos numerosos pudo verse seriamente comprometido. Es probable que, en estas circunstancias de escasez, las élites locales no pudieran responder plenamente a las demandas emanadas de sus allegados. Quizás el proceso no se inició al mismo tiempo en todas las áreas geográficas, ya que cada territorio político pudo tener una resiliencia diferente ante la nueva situación. Es lo que vemos en algunas zonas como la cercana cuenca del Guadalteba (García Alfonso, 2007: 240-244 y 410; e.p.), donde se aumenta la superficie roturada ocupando nuevas áreas, pero de menor óptimo agrícola que las ya habitadas con anterioridad.

En la Depresión de Ronda vemos como desde los inicios del siglo VI a.C. –o incluso desde finales del siglo VII– desaparecen las aldeas agrícolas y se produce una reorganización del poblamiento, con el abandono del asentamiento central de Acinipo y el traslado de sus habitantes al cercano enclave de la Silla del Moro, bien dotado de características defensivas naturales, con tajos cortados a pico en su lados norte y suroeste. En sus flancos oriental y meridional, los más vulnerables, se construyó una muralla, delimitándose así una superficie de 15 ha (Figs. 16-17-18-19-20). La Silla del Moro representa ya un cambio drástico respecto al asentamiento de Acinipo. En primer lugar vemos como se transforma la unidad doméstica en una estructura cuadrangular y compartimentada (Fig. 21), posiblemente insertada en un urbanismo ya organizado. Del funcionamiento del espacio interno del asentamiento apenas tenemos información,

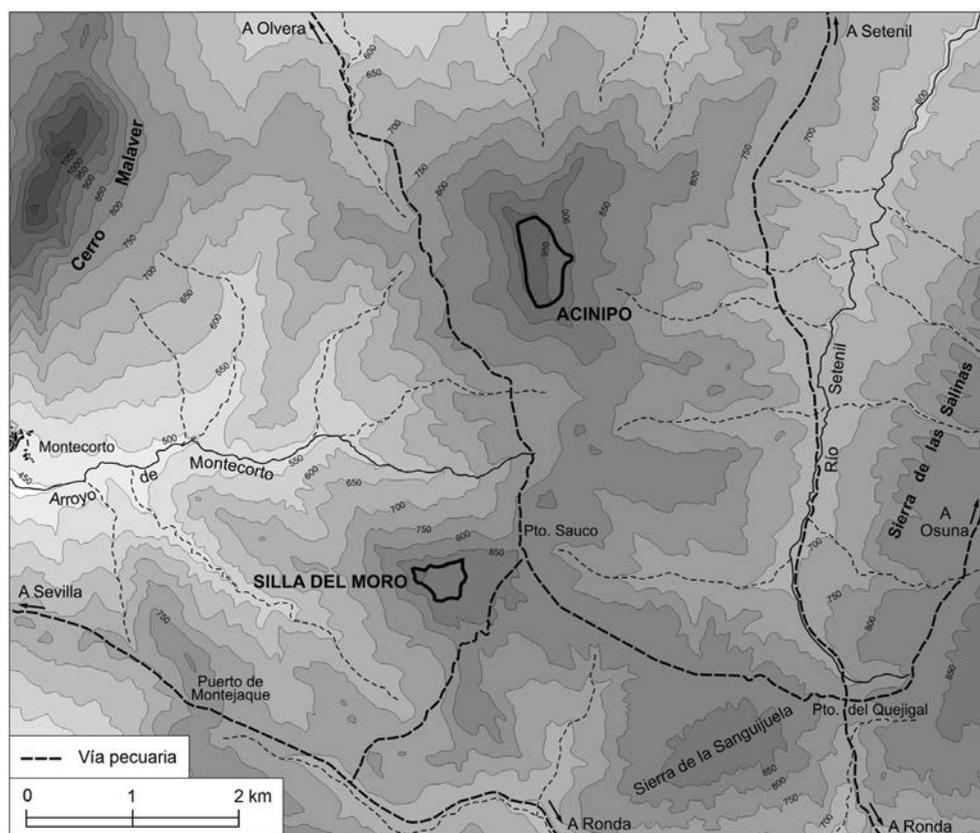


Fig. 16. Topografía del área Acinipo-Silla del Moro

dada la escasa superficie excavada en el enclave, con una única campaña acometida en 1990 por el equipo del *Proyecto Ronda* (Aguayo *et al.* 1992 b; Aguayo y Carrilero, 1996: 357-359; García Alfonso, 2007: 259-263; Carrilero y Aguayo, 2008: 185-192). Por otro lado, la construcción de la muralla es un elemento totalmente novedoso respecto a las fases IVB, V y VI de Acinipo, donde por el momento no se constata la existencia de líneas de fortificación. La muralla de la Silla del Moro va modificándose en los 150 años de ocupación del lugar. En la zona más septentrional del recinto –corte 21– se pudo identificar la puerta de acceso del poblado y su evolución, que resulta bastante significativa (Figs. 22-23). La entrada primitiva consistía en una amplia puerta abierta directamente en la muralla. Su anchura era de 2,80 m, de manera que permitía holgadamente el paso de un carro en un recorrido recto. Las jambas eran de un tamaño mucho mayor que el resto de las piedras de la estructura, en un deseo de darle monumentalidad a la entrada. Por tanto, estaríamos ante un “acceso directo”. En un segundo momento se acometió la remodelación total de la puerta. La gran entrada recta se tapió



Fig. 18. La Silla del Moro vista desde Acinipo

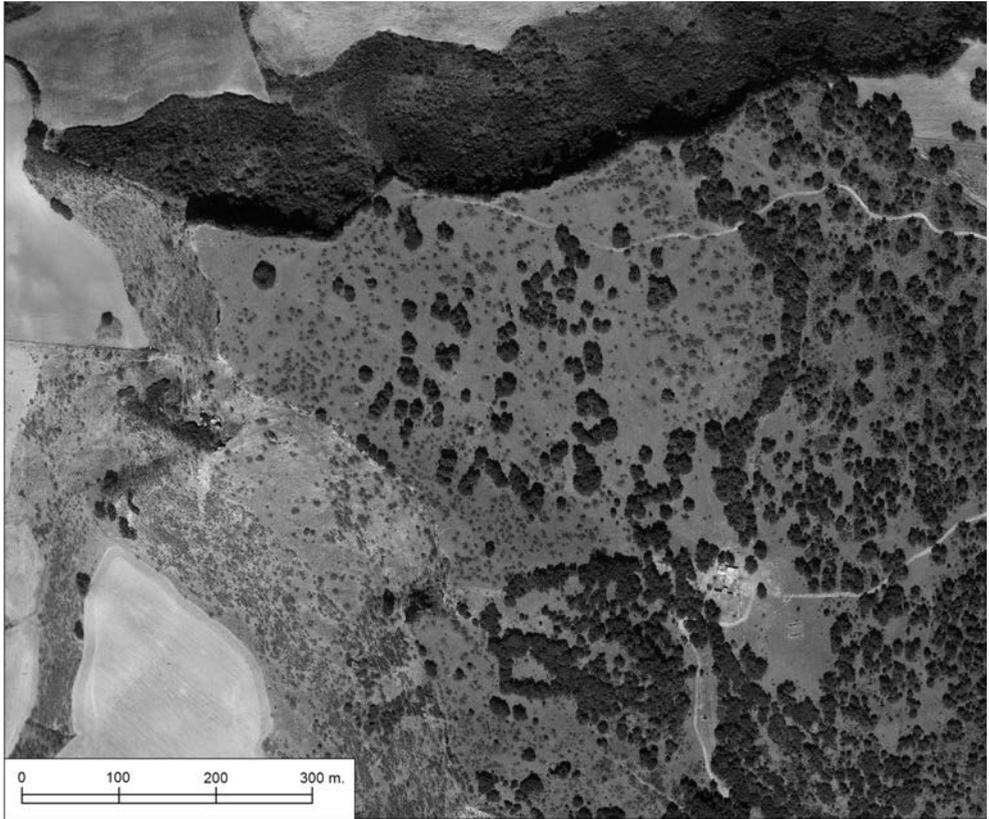


Fig. 19. Vista aérea de la Silla del Moro (imagen Google Earth, noviembre 2015)

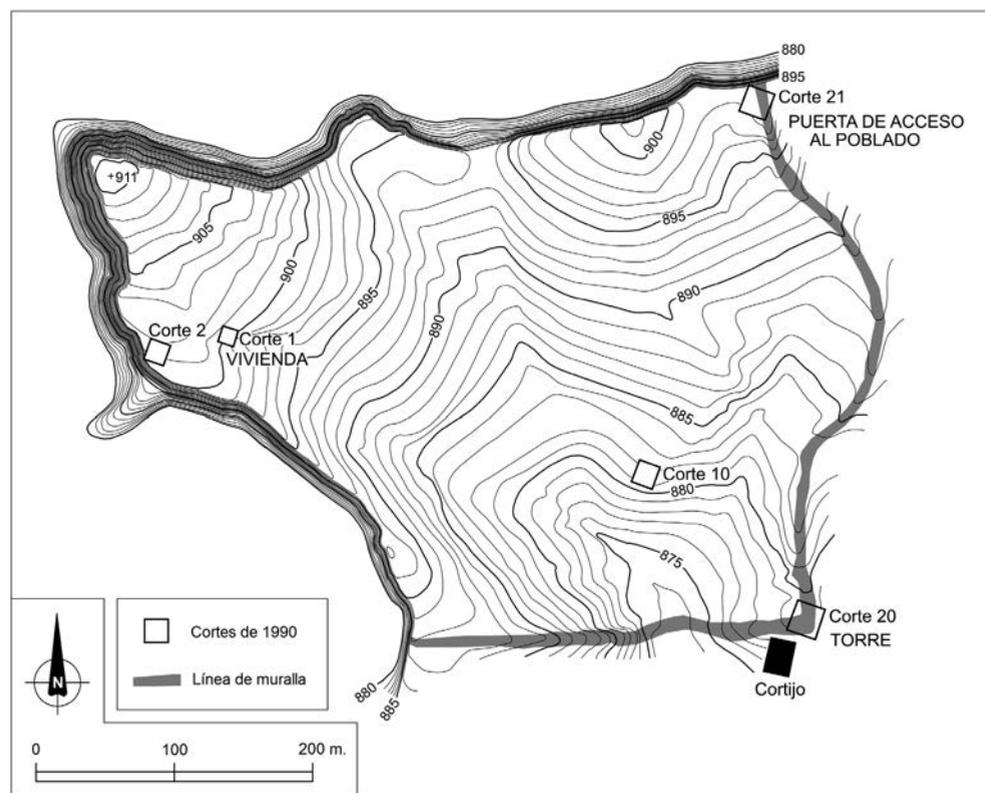


Fig. 20. Plano de la Silla del Moro (elaboración propia a partir de Aguayo y Carrilero, 1996: fig. 2)

y se abrió un nuevo acceso al lado, pero totalmente diferente. Se practicó una estrecha abertura en la fortificación, de 2 m de ancho, la cual sólo permitía el paso de una o dos personas a pie o bien un solo jinete. Esta angosta puerta da acceso a un espacio cuadrangular interno, que presenta una parte del suelo pavimentado con pequeños guijarros. La única comunicación de esta sala con el interior del poblado es una angosta poterna, que mide poco más de 1 m de ancho, por lo que sólo puede pasar una persona a pie o un caballo descabalgado. Por otra parte, también se ha estudiado el característico ángulo que traza la fortificación en su parte central –corte 20– (vid. Fig. 20). Aquí se construyó una torre de planta cuadrada que ocupaba todo el ancho de la muralla, con 4 m de lado. Los bajos de la torre y de la línea de fortificación en este tramo se encuentran reforzados por piedras de gran tamaño.

Igualmente, en paralelo a la Silla del Moro, otros lugares cercanos empiezan a fortificarse en estos momentos de finales del siglo VII e inicios del VI a.C. Serían los casos de Peñones de Tobalo, vinculado con la protección de los cotos de hierro de Cerro Malaver (Carrilero y Aguayo, 2008: 187), o el Cerro del Coto (Recio, 1995:

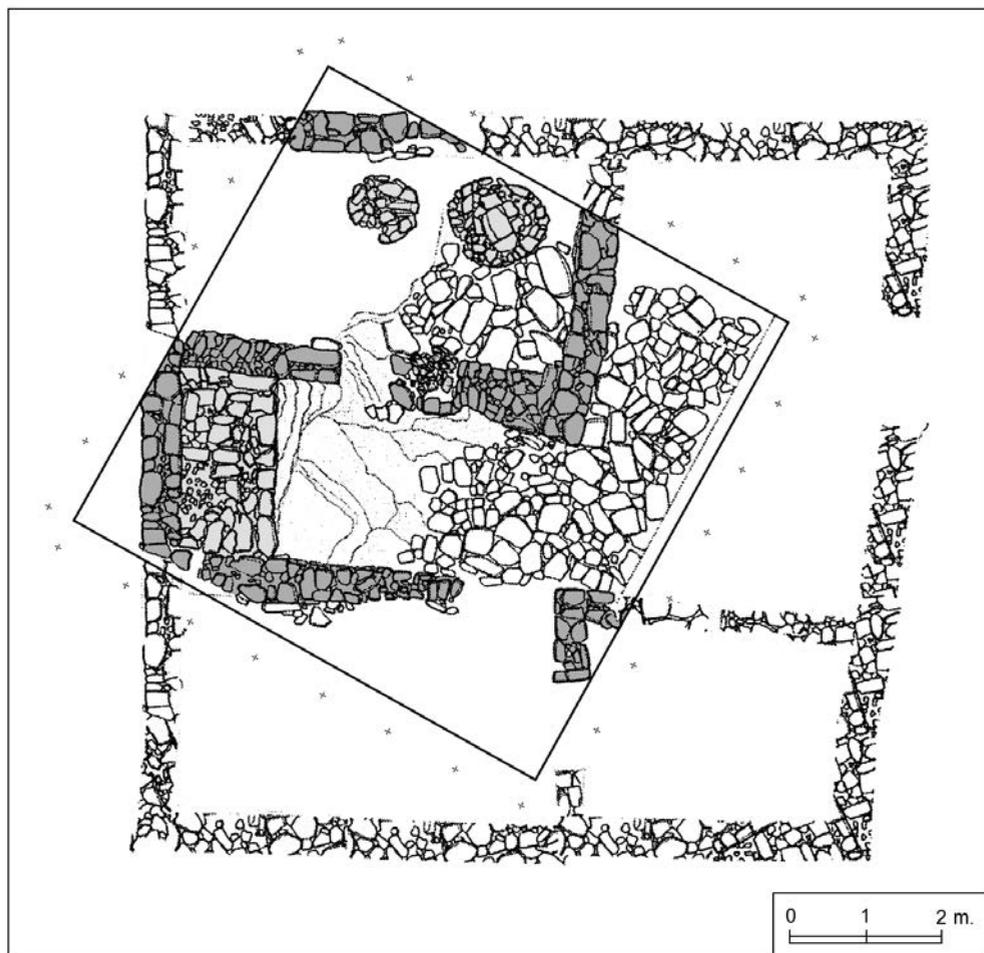


Fig. 21. Silla del Moro: vivienda (según Carrillero y Aguayo, 2008: fig. 8A)

508), ubicado en una zona de control de la vega del Guadalcobacín. Igualmente, en este grupo hay que incluir a Cerro Salinas, entre Ronda y la zona de la Silla del Moro-Acinipo (Recio, 1996: fig. 1, n.º. 78; Carrilero y Aguayo, 2008: 186-187).

Este proceso de encastillamiento y fortificación se produjo también en la zona periférica de la Serranía. Aún sin contar con datos de excavación, se supone que los asentamientos situados en Pozo Amargo y Cerro de la Botinera, ambos ubicados en cerros destacados, continuaron habitados durante el Hierro Antiguo III. En esta zona de la vertiente atlántica tenemos constatación arqueológica de este proceso en el Castillo de Olvera, que indican que el enclave arranca desde momentos finales del siglo VII o inicios del VI, estando amurallado desde su fundación (Guerrero Misa y López Rosendo, 2010: 33-34). La posición de este lugar resulta clave al estar ubicado en el

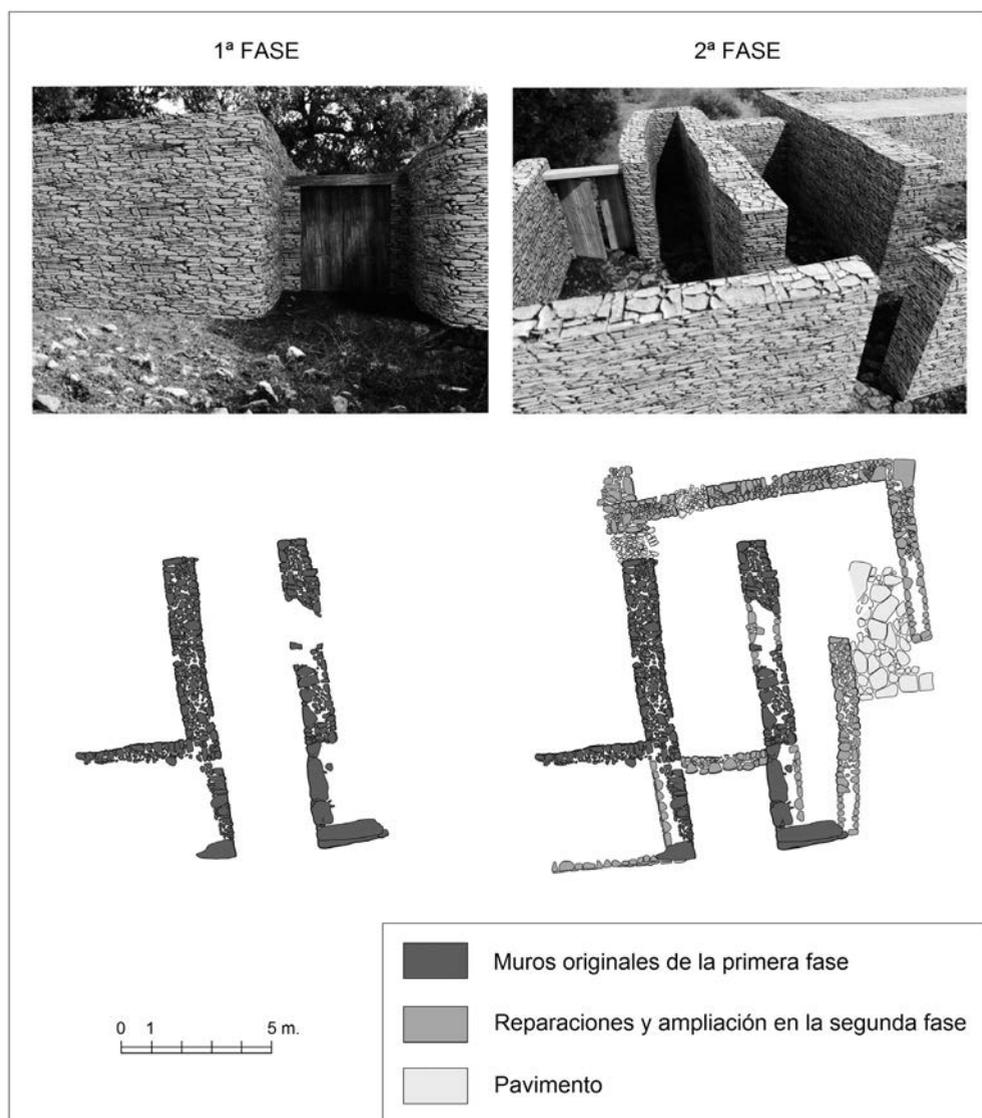


Fig. 22. Silla del Moro: transformaciones de la puerta de acceso al poblado (elaboración propia a partir de Carrilero y Aguayo, 2008: figs. 6A, 6B, 7A y 7B)

cruce de dos importantes rutas naturales: por un lado, la que conecta el ámbito de la llanura antequerana-cuenca del Guadalteba con la Campiña de Jerez, en sentido este-oeste; y, por otro, la que enlaza la propia Depresión de Ronda con la Campiña de Sevilla, en sentido sureste-noroeste. Además la posición de Olvera, que domina a su vez el paso del valle del Guadalporcún, se encuentra en un punto limítrofe entre las áreas territoriales teóricas de Acinipo y Cerro de la Botinera, lo que sería objeto de posibles

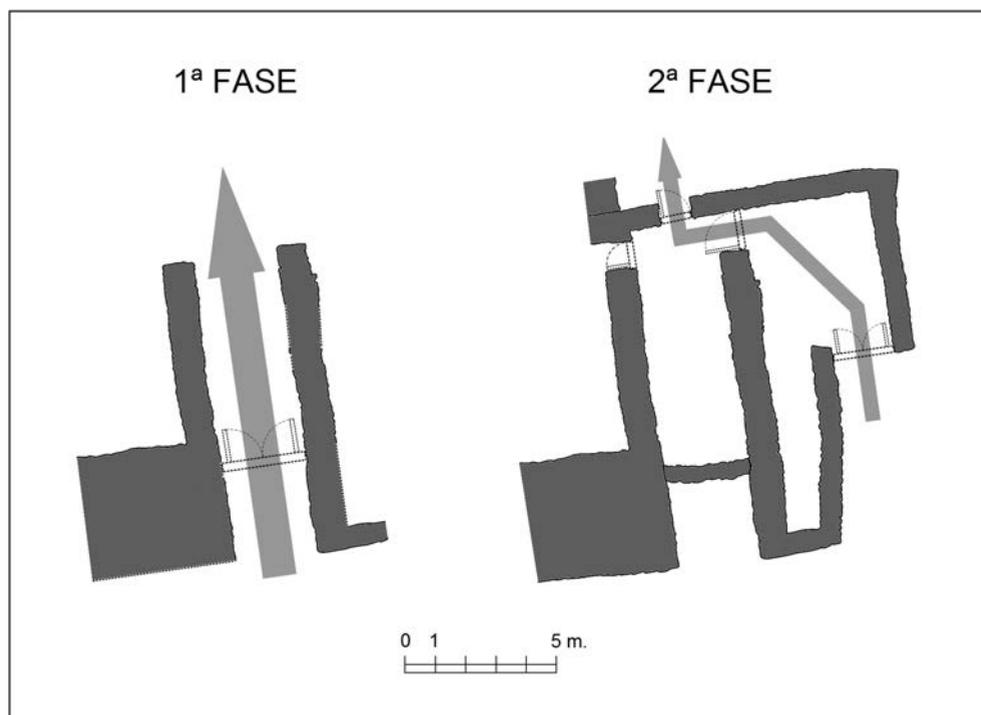


Fig. 23. Silla del Moro: cambios en el recorrido para acceder al interior del poblado

fricciones por su control (*vid.* Figs. 13 y 17). Las cerámicas documentadas en el Castillo de Olvera presentan algunos paralelismos con las aparecidas en Acinipo (Guerrero Misa y López Rosendo, 2010: 34), lo que pudiera significar que el primer asentamiento se fundó partiendo del segundo. Esto no sería nada extraño en un contexto de inestabilidad en el que el sector dirigente que tenía su sede en Acinipo –luego trasladado a la Silla del Moro– tratase de asegurar su territorio político haciéndose con el control de un lugar estratégico y fácilmente defendible como Olvera.

De los datos arqueográficos disponibles se infiere que la población busca el amparo de los recintos fortificados, abandonándose la mayoría de las aldeas agrícolas tanto en la Depresión de Ronda como en otras zonas del mediodía peninsular (García Alfonso, 2007: 411-412). En el ámbito de estudio que nos ocupa es todavía un proceso mal conocido por la falta de trabajos centrados en estos pequeños asentamientos, pero en determinados lugares este des poblamiento es bastante evidente ante la ausencia de materiales de superficie fechados con posterioridad al siglo VI a.C. Únicamente en Setenil, concretamente en el lugar del casco urbano llamado “Coracha-Mina”, tenemos constancia de dicho abandono con datos de excavación (López Jiménez, 2004: 139).

Por otro lado, en estos momentos del Hierro Antiguo III se produce la ocupación de nuevas áreas vinculadas a ámbitos serranos en las que hasta ahora no se había detectado poblamiento protohistórico. Es el caso de Ocuri, que domina el valle alto del río de Ubrique desde el cerro conocido como Salto de la Mora. Este asentamiento parece fundarse a lo largo del siglo VI a.C. de acuerdo con los resultados de las excavaciones efectuadas en 2002-2003 (Guerrero Misa, 2010: 60-64). Esta “colonización” de nuevas tierras vinculadas al *saltus* debe ponerse en relación con desplazamientos de población hacia áreas hasta ahora no integradas en ningún territorio político y, por tanto, no sujetas al control de un núcleo preexistente y su élite dirigente. Ello viene a indicar la tensión que se vivía en las zonas de poblamiento tradicional, que pudo impulsar a determinados grupos o líderes, descontentos o despojados, a buscar nuevas tierras donde establecerse y generar nuevos proyectos de nuclearización en áreas carentes de interés para otras oligarquías más poderosas. Incluso es posible que Ocuri en la primera fase de su historia careciese de muralla, sirviendo para fines defensivos una simple empalizada, no construyéndose una fortificación permanente hasta momentos algo posteriores, ya del siglo V a.C. (Guerrero Misa, 2010: 60 y 66). Ello podemos interpretarlo en el sentido de que posiblemente este primer asentamiento respondió a una cierta provisionalidad. Igualmente, el retraso en fortificarse nos hace pensar en una mayor tranquilidad en esta zona un tanto marginal que en la cercana Depresión de Ronda, seguramente debido al refugio que ofrecía la montaña.

6. EL “NUEVO ORDEN” IBÉRICO COMO RESPUESTA AL COLAPSO

Todavía estamos muy lejos de poder ofrecer una valoración amplia del colapso que llevó a la desaparición de las estructuras del Hierro Antiguo. A partir de c. 550 a.C. la información arqueográfica disminuye de forma exponencial, síntoma de que el momento álgido del derrumbe de todas las estructuras precedentes debió corresponder a la segunda mitad del siglo VI y primera mitad del V a.C. Por el momento, y a excepción de las numerosísimas puntas de flecha ya comentadas anteriormente, la fortificación de diferentes poblados centrales, la proliferación de atalayas y el abandono de los lugares menos protegidos, no vemos síntomas de destrucciones violentas al menos en el ámbito de la provincia de Málaga. Pero hay que tener en cuenta lo poco que se ha excavado todavía en los enclaves de estos momentos, por lo que el registro arqueológico disponible es muy deficitario. Por ello, realmente no sabemos si el colapso adoptó un modelo de campana *gaussiana* o bien una trayectoria de *acantilado de Séneca*. Si analizamos el brusco descenso de la información arqueológica –sin olvidar

sus grandes lagunas— me inclino más por la segunda posibilidad, dado que se trató de un derrumbe generalizado en todo el sur peninsular y que incluso se puede rastrear en bastantes zonas de la fachada levantina de Iberia. El colapso del Hierro Antiguo pudo ser rápido, pero lo suficientemente previsible como permitir un abandono de las zonas menos protegidas y la fortificación de aquellos lugares considerados estratégicos e imprescindibles para la reproducción social de cada grupo local.

La respuesta ante el colapso fue una nueva nuclearización, la cual terminará generando el modelo territorial basado en el *oppidum*, centro de la sociedad ibérica. Este proceso no fue más que la profundización en la dinámica centralizadora que se había iniciado en el Hierro Antiguo I. La concentración de la población en los núcleos de administración del territorio fue el instrumento utilizado por unas élites cada vez competitivas para afianzar su dominio social.

El proceso llevará una serie de cambios que empiezan a detectarse empíricamente con claridad a partir de mediados del siglo V a.C. En estos momentos encontramos ya un modelo prácticamente formado, mientras que su génesis permanente todavía en la invisibilidad arqueológica. Aunque, como he comentado más arriba, nos encontramos ante un problema de escasez de investigación, creo que también estamos ante una cuestión metodológica: ¿por qué nuestras herramientas científicas dicen muy poco sobre qué pasó en el sur peninsular entre c. 550 y c. 475/450 a.C.?

En la Depresión de Ronda el colapso del Hierro Antiguo III lleva al abandono de la Silla del Moro. Pese a su emplazamiento defensivo, la construcción de la muralla y la reforma de su acceso, este lugar se despuebla. Ignoramos las razones de tal hecho: ¿pasó el peligro que aconsejó atrincherarse tras sus muros en un momento dado? El caso es que Acinipo vuelve a mostrar ocupación en la primera mitad del siglo V a.C., coincidiendo con el final de la Silla del Moro —fase Acinipo VII—, por lo que presumiblemente estamos ante un nuevo traslado del centro de control territorial, que vuelve a su antigua sede. Algunos autores han señalado la posibilidad de un recinto amurallado en Acinipo desde el siglo V a.C. (Sanna *et al.*, 2016: 265), idea que compartimos, aunque todavía no contamos con la correspondiente confirmación arqueológica. Desde el comienzo de esta nueva etapa Acinipo retoma su conexión con el exterior, testimoniada por la presencia de fragmentos de un cántaro de la clase Saint-Valentin y de copas Cástulo (Martín Ruiz *et al.* 1992: 35; Carrilero, 2001: 283; Aguayo y Sanna, 2014: 627). Estos materiales representan la vuelta de las importaciones griegas al sur peninsular después del corte que sufrieron los productos cerámicos de este origen en el último tercio del siglo VI a.C.

En Ronda no se ha detectado ninguna discontinuidad demográfica durante la etapa del Hierro Antiguo III ni tampoco en época ibérica. Para esta última etapa las

excavaciones urbanas han permitido realizar una interpretación general de la estructura de la ciudad –fase Ronda VII–, que configura un espacio ocupado de unas 8 ha de superficie (Aguayo *et al.*, 2013: 142). Este espacio posiblemente se encontrase protegido con fortificaciones en sus lados más vulnerables, en un emplazamiento que, de por sí, contaba con magníficas posibilidades de defensa natural (*vid.* Fig. 5). La zona más elevada de la mesa de Ronda, ubicada en el área de la plaza Duquesa de Parcent, se configuraba como un área explanada a modo de acrópolis, como ocurre en muchos núcleos ibéricos. Desde el eje que forma la actual calle Armiñán, la estructura de la ciudad iba descendiendo por la ladera este de la mesa, configurando dos terrazas (Aguayo *et al.*, 2013: 142-143). En esta última zona se instaló un área de producción artesanal en el siglo V a.C., testimoniada por la presencia de un horno de cerámica que pudo excavarse en 1989 en un solar entre las calles Armiñán y Aurora¹³ (Aguayo *et al.* 1992: 339-341). Este horno presenta planta circular con pilar central, con un diámetro total en ejes de 2 m por 2,20 m. La piroestructura estaba construida con ladrillos de adobe y conservaba su cámara de combustión hasta un alzado de 1 m (Fig. 24) (Aguayo



Fig. 24. Ronda. Excavación solar calles Armiñán–Aurora (1989). Cámara de combustión del horno ibérico del siglo V a.C. (imagen Aguayo *et al.*, 2013: fig. 4).

¹³ Este espacio corresponde a las fincas urbanas siguientes: calle Armiñán nº. 39, 41 y 43, calle Aurora nº. 16.

et al., 2013: 144-146). La excavación de este horno ha aportado un elenco de materiales cerámicos que tienen un enorme interés para caracterizar arqueográficamente este horizonte del siglo V a.C. de esta zona de la provincia de Málaga, del que se ha aportado recientemente un anticipo (Sanna *et al.* 2016: 259-264). Por otro lado, en este horno se ha obtenido una fecha de ^{14}C correspondiente a la última carga de leña, que ha proporcionado –sobre carbón de *Quercus sp.*– una datación en calibración directa de 432 a.C.¹⁴ (Aguayo *et al.*, 2013: 148). Como vemos en Acinipo, en Ronda también los contactos con el exterior quedan manifestados por la presencia de cerámicas griegas importadas. Al siglo V serían adscribibles fragmentos de copas Cástulo y copas de la clase delicada, mientras que a la centuria siguiente encontramos la ubicuas copas del Pintor de Viena 116 (Castaño *et al.*, 2005: 28; Aguayo y Sanna, 2014: 627, fig. 3).

En las zonas periféricas de la Serranía existen otros núcleos de centralización en estos momentos, que parecen escapar del control ejercido desde Ronda y Acinipo. No sabemos cómo estas comunidades afrontaron el colapso del Hierro Antiguo III, ya que carecemos de información arqueológica para lugares como Cerro de la Botinera o Pozo Amargo, pero –en principio– planteamos que hay una continuidad de un poblamiento que se refugió en lugares de fácil defensa (Fig. 25). Sin embargo, Olvera, un núcleo que reunía una serie de características estratégicas de primer nivel, se nos presenta abandonado en el siglo V a.C. por lo que sabemos actualmente y no volverá a ser ocupado hasta el siglo IV (Guerrero Misa y López Rosendo, 2010: 35). Posiblemente este *hiatus* pudo tener que ver con el traslado desde la Silla del Moro a Acinipo y con el reajuste a nivel territorial que ello supuso. Sin embargo, en Ocuri vemos cómo se construye su primera muralla –posiblemente en el siglo V– e inicia un control más intenso de su espacio circundante con la ocupación de lugares estratégicos como Peñón Gordo y Tavizna. Igualmente, en un momento difícil de precisar dentro del periodo ibérico surgen nuevos núcleos en Dehesa de la Fantasía¹⁵ y Cerro Gordo –Algatocín– que pudieran responder a disensiones dentro de los grupos de élite –quizás de la misma Ocuri– que provocan nuevas segmentaciones en la comunidad del *oppidum*, lo que lleva al desplazamiento de parte de la población y a la división territorial, ocupando cada vez áreas más marginales que solo pueden desarrollar a una economía de subsistencia, pero al mismo tiempo vinculadas a las rutas de comunicación que conectan con la desembocadura del Guadiaro y la bahía de Algeciras. Un fenómeno similar pudo dar lugar al

¹⁴ UGRA-376. Edad 2400 ± 50 BP. Intervalo 516-406 cal BC.

¹⁵ Dehesa de la Fantasía se sitúa entre los términos de Cortes de la Frontera y Jerez de la Frontera, a caballo entre las provincias de Málaga y Cádiz.

nacimiento de Lacilbula,¹⁶ que, aunque muy poco conocida a nivel arqueológico, parece que fue uno de los núcleos principales que articularon la conexión entre el Guadalete y la Depresión de Ronda (Nieto, 2006: 41 y 45; Carrilero *et al.* 2002: 101) en una relación con la cercana Acinipo todavía por determinar. Igualmente, se observa un rápido proceso de construcción de numerosas atalayas que proporcionan un dominio visual del espacio, especialmente ubicadas en función de los principales caminos naturales. Es muy difícil ofrecer fechas precisas de cuándo se produce esta carrera por el dominio estratégico del territorio, al carecer de nuevo de datos estratigráficos, pero pienso que pudo iniciarse ya en el mismo siglo V a.C. y que tuvo un nuevo auge en el siglo III a.C., en línea con lo que proponen L. Guerrero Misa y R. López Rosendo (2010: 35). Sin embargo, a pesar de que pudiera haber momentos concretos en que el encastillamiento fuera más intenso, pienso que el proceso de fortificación fue continuo a lo largo de toda la época ibérica. Ello dio lugar a la multiplicación asentamientos cuya identificación concreta con los topónimos antiguos citados en las fuentes escritas, en las leyendas monetales y en la epigrafía latina resulta en ocasiones bastante complicado (cfr. Martín Ruiz, 2015: 13-54).

Esta situación de inestabilidad permanente llevará a la atomización de los territorios políticos, en un marco muy cambiante. Los procesos de centralización a nivel local debieron generar también proyectos identitarios que han dejado su huella en los etnónimos que aparecen en las fuentes literarias. Para las nuevas aristocracias ibéricas el sentido de pertenencia a un grupo, quizás de tipo tribal, clánico o vinculado a un antepasado común, mítico o real, sirvió como justificación para la construcción de efímeras hegemonías suprapoblado e igualmente para generar alianzas o establecer relaciones de igualdad, subordinación o dominación sobre otras élites o comunidades locales. Serían proyectos políticos que comienzan a adquirir las características de auténticos estados, aunque muy dependientes de liderazgos carismáticos. En este sentido, la Serranía de Ronda se ha querido vincular a poblaciones de raigambre céltica, a raíz de una cita de Plinio¹⁷ desde la historiografía del siglo XVIII.¹⁸ Algunos autores se han decantado por aceptar dicha adscripción (Pérez Vilatela, 1990a; 1990b), mientras que otros la rechazan ante la falta de argumentos arqueológicos (Martín Ruiz, 2015: 103-104). Una tercera vía ha adoptado una posición más ecléctica, señalando algún tipo de influjo o presencia de gentes de este origen en la zona, pero sin determinar una conclusión definitiva, a la espera de nuevas investigaciones

¹⁶ Ubicada en el cortijo de Clavijo, en el término de Montecorto (Málaga), en cfr. Martín Ruiz, 2015: 34.

¹⁷ *Naturalis Historia*, III, 14.

¹⁸ Cfr. Martín Ruiz, 2015: 101-102, nt. 9.

(Guerrero Misa, 2010: 72-74). Por otro lado, otra propuesta reciente ha señalado a los cilbicenos como protagonistas del proceso histórico en la Depresión de Ronda desde el siglo VI a.C. (Carrilero y Aguayo, 2008: 182-185). Este etnónimo se relaciona claramente con el río *Cilbus*,¹⁹ que se ha identificado con el Guadalete. Sin embargo, en su breve cita de los cilbicenos, Avieno los vincula a las “regiones marítimas” próximas a Cádiz –*maritima vero Cilbiceni possident*–.²⁰ Igualmente, el *Cilbus* puede corresponder a otros ríos que desembocan en el litoral gaditano, al tiempo que los diversos autores tampoco se han puesto de acuerdo sobre el nombre antiguo que tuvo el Guadalete (de Hoz, 2010: 246, 313 nt. 263, 463; Fornell, 2004: 76). Por ello, esta cuestión –entre otras muchas que determinaron la Protohistoria de la Serranía de Ronda– aún dista mucho de haber sido resuelta.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO, P. (2001): “Estructuras indígenas, comercio y comerciantes en la época de la colonización fenicia en Málaga (siglos VIII-VI a.C.)”, *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C.-año 711 d.C.)*, II Congreso de Historia Antigua de Málaga, F. Wulff, G. Cruz y C. Martínez (eds.), Málaga, pp. 69-97.
- AGUAYO, P. y CARRILERO, M. (1996), “Las intervenciones arqueológicas en la zona de Ronda”, *Actas del I Congreso de Historia Antigua de Málaga* (Málaga, 1994), Arguval, Málaga, pp. 353-372.
- AGUAYO, P. y SANNA, C. (2014): “Considerazioni sul rinvenimento di ceramica d’importazione pre-romana negli insediamenti dell’hinterland del Circolo dello Stretto”, *28th Congress of the Rei Cretariae Romanae Favtores* (Catania, 2012), *Rei Cretariae Romanae Favtorum Acta*, 43, pp. 623-630.
- AGUAYO, P.; LOBATO, R. y CARRILERO, M. (1987): “Excavaciones arqueológicas en el casco urbano de Ronda. Agosto de 1984”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, vol. III: Actividades de Urgencia, pp. 236-239.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M. y LOBATO, R. (1988): “Los orígenes de Ronda. La secuencia según las primeras excavaciones”, *Estudios de Ronda y su Serranía*, 1, pp. 7-26.

¹⁹ *Ora Maritima*, 320.

²⁰ *Ora Maritima*, 303.

- AGUAYO, P.; CARRILERO, M. y MARTÍNEZ, G. (1989): “Excavaciones en el yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985” *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, vol. II: Actividades Sistemáticas, pp. 333-337.
- (1991): “La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga), *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (Roma, 1987), E. Acquaro (ed.), vol. II, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, pp. 559-571.
- AGUAYO, P.; CASTILLA, J. y PADIAL, B. (1992): “Excavación de urgencia en el casco antiguo de Ronda. Calle Armiñán nº 39, 41, 43 y Aurora nº 16. 1989”. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990*, vol. III: Actividades de Urgencia, pp. 339-342.
- AGUAYO, P.; SANNA, C. y PADIAL, B. (2013): “Documentos para ilustrar una tradición alfarera local: un horno cerámico ibérico en Ronda ciudad”, *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania*, I Congreso Internacional de la SECAH (Cádiz, 2011), D. Bernal, L. C. Juan, M. Bustamante, J. J. Díaz y A. M. Sáez (eds.), *Monografías ex officina hispana*, 1 (1), pp. 141-155.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; DE LA TORRE, M. P. y FLORES, C. (1987): “El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, vol. II: Actividades Sistemáticas, Junta de Andalucía – Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 294-304.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; MARTÍNEZ, G.; AFONSO, J. A.; GARRIDO, O. y PADIAL, B. (1992 a): “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ronda la Vieja (Acinipo). Campaña de 1988”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989*, vol. II: Actividades Sistemáticas, pp. 309-314.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; CABELLO, N.; DIEGUES, A.; GARRIDO, O.; MORALES, R.; MORENO, F.; PADIAL, B. y SANZ, L. (1992 b): “Excavación arqueológica sistemática en el yacimiento de la Silla del Moro. Primera campaña, 1990”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990*, vol. II: Actividades Sistemáticas, Consejería de Cultura – Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 245-251.
- AUBET, M. E. (1994), *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, edición ampliada y puesta al día, Crítica, Barcelona.
- AUBET, M. E.; RUIZ, A. y TRELISÓ, L. (1999): “El taller alfarero de principios del siglo VI a.C.”, *Cerro del Villar-I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*, M. E. Aubet, P. Carmona, E. Curià, A. Delgado, A. Fernández y M. Párraga, Consejería de Cultura – Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 149-305.

- BAFICO, S.; D'ORIANO, R. y LO SCHIAVO, F. (1995): "Il villaggio nuragico di S. Imbenia ad Alghero (Sassari). Nota preliminare", *Actes du IIIe Congrès International des Études Phéniciennes et Punique* (Túnez, 1991), M. Fantar y M. Ghaki (eds.), vol. I, Institut National du Patrimoine, Túnez, pp. 87-98.
- BORJA, F. (2014): "Geoarqueología urbana en Sevilla", J. Beltrán Fortes y O. Rodríguez Gutiérrez (coords.), *Sevilla arqueológica. La ciudad en época protohistórica, antigua y andalusí*, Universidad de Sevilla – Ayuntamiento de Sevilla, pp. 276-303.
- BROOKE, J. L. (2014): *Climate change and the course of Global History. A rough journey*, Cambridge University Press, Nueva York.
- BUENO SERRANO, P.; RUIZ GIL, J. A. y LÓPEZ ROSENDO, E. (1999): "Puerto Serrano. Aproximación a la secuencia histórica de su poblamiento", *Revista de Arqueología*, 218, pp. 48-56.
- CARRILERO, M. (1992): "El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica", *Actas del Seminario La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación* (Almería, 1990), pp. 117-142.
- ____ (2001): "El comercio ibérico del siglo VI al siglo III a.C.", *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C.-año 711 d.C.)*, II Congreso de Historia Antigua de Málaga, F. Wulff, G. Cruz y C. Martínez (eds.), Málaga, pp. 277-297.
- CARRILERO, M. y AGUAYO, P. (1996): "Indígenas en el periodo Orientalizante en Málaga (s. VIII-VI a.C.)", *Actas del I Congreso de Historia Antigua de Málaga* (Málaga, 1994), Arguval, Málaga, pp. 41-57.
- ____ (2008): "Entre tartesios y turdetanos, entre el bajo Guadalquivir y las Béticas occidentales, entre los siglos VII y V a.C.: ¿cilbicenos?", *I^{er} Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (Baza, 2008) (Adroher Auroux, A. M. y Blánquez Pérez, J., eds.), Universidad de Granada y Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 179-195.
- CARRILERO, M.; AGUAYO, P.; GARRIDO, O. y PADIAL, B. (2002), "Autóctonos y fenicios en la Andalucía mediterránea", *La colonización fenicia en Occidente. Estado de la cuestión en los inicios del siglo XXI* (B. Costa y J. H. Fernández, eds.), XVI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 2001), Govern de les Illes Balears, Conselleria d'Educació i Cultura, Ibiza, pp. 69-125.
- CASTAÑO, J. M.; AGUAYO, P.; DELGADO, P.; ORDÓÑEZ, P.; PADIAL, B. y WEYH, K. (2005): *Ronda. La ciudad. Carta Arqueológica Municipal*, Consejería de Cultura – Junta de Andalucía, Sevilla.

- CASTRO, P. V.; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*, British Archaeological Reports, 652, Oxford.
- DE HOZ, J. (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad*, vol. I: Preliminares y mundo meridional prerromano, CSIC, Madrid.
- DEL AMO, M. (1983): “Un molde para la fabricación de espadas del Bronce Final hallado en Ronda”, *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, vol. II, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 81-94.
- DELGADO, A. (2008a): “Fenicios en Iberia”, *De Iberia a Hispania*, (F. Gracia Alonso, coord.), Ariel, Barcelona, pp. 347-474.
- _____ (2008b): “«Colonialismos» fenicios en el sur de Iberia: historias precedentes y modos de contacto”, *De Tartessos a Manila: siete estudios coloniales y poscoloniales*, (Cano, G. y Delgado, A., eds.), Universitat de València, Valencia, pp. 19-49.
- DEPALMAS, A., FUNDONI, G. y LUONGO, F. (2011): “Ripostiglio di bronzi della prima età del ferro a Sant’Imbenia – Alghero (Sassari)”, *Revista di Scienze Preistoriche*, LXI, pp. 231-256.
- FARNIÉ, C. y QUESADA, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralero, 2, Consejería de Educación y Cultura – Región de Murcia, Murcia.
- FORNELL, A. (2004): “Poblamiento romano en el valle del Guadalete (Cádiz)”, *Florentia Iliberritana*, 15, pp. 73-113.
- GARCÍA ALFONSO, E. (1993-94): “Los Castillejos de Teba (Málaga). Excavaciones de 1993. Estratigrafía de los siglos VIII-VI a.C.”, *Mainake*, 15-16, pp. 45-83.
- _____ (2000): *El impacto colonial fenicio en el hinterland de Andalucía Mediterránea. El mundo indígena y las transformaciones del Hierro Antiguo*, Tesis Doctoral, Universidad de Málaga, Málaga. ed. electrónica.
- _____ (2007): *En la orilla de Tartessos. Indígenas y fenicios en las tierras malagueña. Siglos XI-VI a.C.*, Fundación Málaga, Málaga.
- _____ (2016): “Las primeras importaciones griegas en Occidente y la cronología de la cerámica geométrica: hacia un nuevo paradigma (I)”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 7, pp. 100-133.
- _____ (e.p.): “Intereses de élite y dinámicas de colapso. La Tierra de Antequera en el Hierro Antiguo III”, *I+D+i en la Prehistoria del sur peninsular. III Congreso de Prehistoria de Andalucía* (Antequera, octubre 2014).

- GUERRERO MISA, L. J. (2010): “La muralla ciclópea de la ciudad romana de Ocuri (Salto de la Mora, Ubrique): Orígenes, fases constructivas y propuestas de interpretación”, *Papeles de Historia. Revista de la Asociación Papeles de Historia. Grupo de Investigación Sierra de Cádiz: historia, patrimonio, cultura*, 6, pp. 43-83.
- GUERRERO MISA, L. J. y LÓPEZ ROSENDO, (2010): “El descubrimiento de un nuevo enclave tartésico-orientalizante en la Sierra de Cádiz: el «oppidum» de Olvera”, *Papeles de Historia. Revista de la Asociación Papeles de Historia. Grupo de Investigación Sierra de Cádiz: historia, patrimonio, cultura*, 6, pp. 11-42.
- LO SCHIAVO, F. (2002): “Osservazioni sul problema dei rapporti fra Sardegna ed Etruria in età nuragica”, *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo Finale e l'arcaismo*, Atti del XXI Convegno di Studi Etrusci ed Italici (Sassari-Alghero-Oristano-Torralba, 1978), Istituto Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa – Roma, pp. 51-70.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, J. (2004): “Intervención arqueológica en la fortaleza islámica y villa medieval de Setenil, (Cádiz). Junio 2000-enero 2003”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 2001*, vol. III (1), pp. 130-144.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2011): “La secuencia del poblamiento humano en la Sierra de Cádiz a través de la Arqueología”, *Estudios recientes de Arqueología Gaditana. Actas de las Jornadas de Jóvenes Investigadores Prehistoria & Arqueología* (Cádiz, abril 2008), J. J. Díaz, A. M. Sáez, F. Vijande y L. Lagostena (eds.), British Archaeological Report, 2276, Oxford, pp. 45-59.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (2007): *La crisis del siglo VI a. C. en los asentamientos fenicios de Andalucía*, Monografías, 30, Diputación Provincial de Málaga, Málaga.
- ____ (2011): *Tartessos y fenicios en la Serranía de Ronda*, La Serranía, Ronda.
- ____ (2015): *La llegada de las águilas. La Serranía de Ronda en época romana*, La Serranía, Alcalá del Valle.
- MARTÍN RUIZ, J. A.; MARTÍN RUIZ, J. M.; MIGUEL, I. y SUÁREZ, J. (1992): “Griegos en Málaga. Hallazgos, dispersión y problemática actual”, *Revista de Arqueología*, 133, pp. 32-37.
- MARTÍN RUIZ, J. M. (2001): “Problemas metodológicos en el estudio de las relaciones de intercambio en la Protohistoria andaluza. La distribución de cerámica: el ejemplo de la cerámica protohistórica de Acinipo”, *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a. C.-año 711 d. C.)*, II Congreso de Historia Antigua de Málaga, F. Wulff, G. Cruz y C. Martínez (eds.), Málaga, pp. 163-175.
- MARZOLI, D.; LÓPEZ PARDO, F.; SUÁREZ, J.; GONZÁLEZ WAGNER, C.; MIELKE, D. P.; LEÓN, C.; RUIZ CABRERO, L.; THIEMEYER, H. y

- TORRES ORTIZ, M. (2010): “Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del Estrecho de Gibraltar: investigaciones en Los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga)”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 1, pp. 152-182.
- NIETO, B. (2006): “El mundo romano en la Depresión Natural de Ronda”, *Historia de Ronda. Desde la romanización a la época musulmana*, B. Nieto, J. M. Castaño y J. Padial (eds.), Ayuntamiento de Ronda, Ronda.
- PÉREZ VILATELA, L. (1990a): “Una Céltica en la orilla norte del Estrecho”, *Actas del II Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, vol. II, UNED, Madrid, pp. 297-308.
- (1990b): “La adscripción de Acinipo a los célticos en época romana”, *Recuerdos de Ronda y su historia. La ciudad romana de Acinipo*, Colectivo Giner de los Ríos, Ronda, pp. 15-105.
- RAMON, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- RECIO, Á. (1990): “El poblamiento ibérico en la provincia de Málaga (I). Proceso formativo”, *Jábega*, 68, pp. 3-11.
- (1995): “Prospecciones arqueológicas en Arriate (Málaga)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992*, vol. III: Actividades de Urgencia, Consejería de Cultura – Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 508-509.
- (1996): “Iberos en Málaga”, *Actas del I Congreso de Historia Antigua de Málaga y su provincia* (Wulff Alonso, F. y Cruz Andreotti, G., eds.), Actas del Primer Congreso de Historia Antigua de Málaga (Málaga, 1994), Arguval, Málaga, pp. 59-77.
- (2002): “Formaciones sociales ibéricas en Málaga”, *Mainake*, 24, pp. 35-81.
- RENDELI, M. (2013): “Risposte locali al commercio mediterraneo all’inizio del I milenio a.C. La Sardegna occidentale”, *Interacción social y comercio en la antesala del colonialismo*, Aubet, M. E. y Sureda, P. (coords), Actas del Seminario Internacional celebrado en la Universidad Pompeu Fabra el 28 y 29 de marzo de 2012, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 21, pp. 135-151.
- RIQUELME, J. A. (1989-90), “Aproximación al estudio faunístico del yacimiento de Acinipo, Ronda (Málaga)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 14-15, pp. 181-207.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO, V. M.; GALINDO, L.; JUZGADO, M. y DUMAS, M. (2012): “El asentamiento fenicio de La Rebanadilla a finales del siglo IX a.C.”, *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010). María del Mar Escalante in memoriam*, E. García Alfonso (ed.), Junta de Andalucía – Consejería de Cultura y Deporte, Sevilla, pp. 67-85.

- SANNA, C. (2009): “La cerámica gris orientalizante entre tradición e innovación: el caso de Ronda la Vieja (Acinipo) (Ronda, Málaga)”, *Arqueología y territorio*, 6, pp. 151-164.
- ____ (2015): *Producción y tecnología cerámica entre tradición e innovación: el caso de las Béticas a través de los productos alfareros de dos asentamientos de los siglos VIII y VI a.C.*, tesis doctoral, Universidad de Granada, ed. electrónica.
- SANNA, C.; CAPPAL, E. y DEMONTIS, M. (2016): “El contenido cerámico de una estructura alfarera en la Depresión de Ronda (s. V a.C.): análisis e interpretación”, *Spal*, 25, pp. 255-270.
- TAINTER, J. (2013): *The Collapse of Complex Societies*, 24ª reimp. (1ª ed. 1988), Cambridge University Press, Cambridge.
- VILLASECA, F. (1993): “La estela decorada y la espada de lengua de carpa del Bronce Final de Almargen – Málaga”, *Baetica*, 15, pp. 217-226.